

33 13074

1 633

112W = 13074

**Seis historias de amor,  
todas edificantes**

---

**Colección de Cuentos • Ganador**



**Tus ojos no lo han visto todo aún**

---

**Colección de Cuentos • Mención Especial**

**El viaje**

---

**Cuento • Homenaje al autor**

1201 (CCNY)

- © José Libardo Porras Vallejo, Rodrigo Mora Yepes, Rodrigo Tamayo.
- © Fundación Cámara de Comercio de Medellín para la Investigación y la Cultura.

Primera Edición: Mayo de 1996  
Diseño de Carátula: Saúl Alvarez Lara  
Impresión: Edicolor.

**Porras Vallejo, José Libardo**

Seis historias de amor, todas edificantes: colección de cuentos / José Libardo Porras Vallejo. — 1 ed. — Medellín: Fundación Cámara de Comercio de Medellín para la Investigación y la Cultura, 1996.

121 p.

Selección de cuentos ganadores del Tercer Concurso Literario Cámara de Comercio de Medellín, 1995.

ISBN 958-9221-15-7

1. CUENTOS COLOMBIANOS. I. Título

**Seis historias de amor,  
todas edificantes**

**Colección de Cuentos • Ganador**



**José Libardo Porras Vallejo**

## **José Libardo Porras Vallejo**

Nació en Támesis (Antioquia) el 20 de noviembre de 1959.

Licenciado en Español y Literatura de la Universidad de Antioquia y Magíster en Comunicación Televisiva de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Ha publicado:

*Es Tarde en San Bernardo (Relatos)*, en 1984.

*Partes de Guerra (Poemas)*, en 1987.

*El Continente Sumergido (Relatos)*, en 1990.

*Hijo de Ciudad (Poemas)*, en 1994.

## NIÑA MIA

Mientras esperaba a Alcira, Beatriz se sentó a tomarse un café fumando lentamente, sin importarle perder la película, pues la cita era más un pretexto para charlar. A la manera de los jubilados, en ocasiones gastaban el día entero dando vuelta a los mismos asuntos, mirándolos con una irreverencia compartida. Siempre juntas, y a no ser porque se las veía también con amigos se las habría juzgado mal, mas no hablaban de ello.

-Me cogió la noche -dijo Alcira sonriendo como si así justificara cualquier reclamo y los hiciera inútiles.

Con frecuencia la cogía la noche. Era una especie de rito conjunto Beatriz llegar media hora antes y Alcira media hora después, y tal vez de otra forma no se habrían entendido.

-Vámonos a tomar ron -sugirió Beatriz.

Alcira se extrañó, pues nunca habían bebido salvo alguna cerveza entre amigos. "Cómo será emborracharse", pensó.

-Me regalaron una botella -agregó Beatriz. -Nos espera en casa.

Y caminaron hacia la casa de Beatriz. Parecían hermanitas.

El haber estudiado juntas durante la secundaria y compartir sus alegrías y angustias de muchachas todo el tiempo, poco a poco las había vuelto semejantes: los gestos de una, a veces parecían hechos por la otra; las ropas de una, la otra quería tenerlas.

Como olvidadas del mundo caminaron por el barrio Prado, por calles empinadas y semioscuras. El viento de la noche hacía volar sus cabellos largos y sueltos y, a la distancia, se diría de ellas que eran un par de ángeles contemporáneos.

La madre de Beatriz les abrió la puerta y se alegró al ver a Alcira, a quien consideraba su otra hija. Quiso retenerla para de nuevo contarle de su artritis y su grupo de oración y sus bebidas aromáticas, pero Beatriz tomó a su amiga del brazo y la arrastró suavemente hacia su habitación, como rescatándola de un naufragio. En la presión de los dedos la visitante percibió una intención ambigua: "quiere desencartarme", reflexionó y consideró a la otra egoísta con la propia madre. La anciana, resignada, fue a encerrarse en su cuarto de viuda sola.

-Voy por el ron -dijo Beatriz al retirarse haciendo un pase de baile, con cierto aire infantil de triunfo.

Alcira encendió la grabadora y le introdujo un casete que halló a mano; se acomodó en la cama y empezó a hojear una revista deteniéndose apenas en las fotografías e ilustraciones.

-Toma tu vaso -le interrumpió Beatriz, y le vertió licor. Prosiguió su danza: al girar sobre sí misma, la falda formó un hongo de tela.

-¿Qué tal? -preguntó Alcira mostrándole la fotografía de un modelo de ropa interior.

-No me interesan los hombres -respondió Beatriz sin dejar de servir su vaso.

-A mí tampoco -agregó Alcira. Lo dijo para decir: "me encantan los hombres", pues el modelo le evocó temblores de la piel. Arrojó la revista en mitad de la cama y propuso un brindis en honor de las mujeres.

Entre risas, comenzaron una serie de brindis por las mujeres: "por la inteligencia de las mujeres", dijo una, y bebieron; "por la sensibilidad de las mujeres", dijo la otra, y bebieron; "por la belleza de las mujeres", dijo una, y bebieron... Cada brindis, un sorbo pequeño que poco a poco se hacía más dulce y menos áspero, más acariciador, y a ambas les daba alas con las cuales viajar a lugares hondos y lejanos de sí mismas. Era divertido flotar sobre el mundo y verlo en todo el esplendor de su ridiculez; divertido, desde la bruma del ron, contemplar el contorno de las cosas.

... "Por los pechos de las mujeres", dijo una, y bebieron; "por los senos grandes y redondos", dijo la otra dibujándolos en el aire con las manos, y bebieron...

Así, quizá por efecto del ron y de la noche y de la música, el juego verbal se convirtió en un objeto animado con vida propia, una especie de potro que saltaba de un lado a otro en el campo abierto, libre de aparejos.

-Muéstramelos -dijo Beatriz.

Alcira hizo un gesto como de quien no ha comprendido y

sintió un temor repentino de continuar ese juego, de momento odioso y fútil: algo sobrio y lúcido la llamó desde adentro, y para disimular fue a cambiar el casete.

-Oigamos las canciones de Joan Baez -dijo. -Es una voz hermosa.

-Muéstramelos -repitió Beatriz con una mezcla de ruego y urgencia.

Alcira permaneció mirando al fondo de su amiga a través de sus ojos castaños de sierva, y se figuró una niña limpia.

-Tus senos, boba -agregó Beatriz levantando el vaso en cuya superficie se movían unos puntitos de luz.

Alcira comprendió que Beatriz no quería suspender el juego, no lo permitiría, y que éste, además, ya corría igual a una bola de nieve por la pendiente imposible de detener sin que se rompiera la red plácida y mágica que las envolvía. Entonces también levantó el vaso y bebió; "es un juego", se dijo, y se despojó del jersey a rayas rojas y azules y rojas y del sostén, como dispuesta a llevarlo hasta las últimas consecuencias, por el momento inimaginadas, con una decisión que sorprendió a Beatriz. La luna, varada en el extremo superior derecho de la ventana, vio aparecer unos pechos redondos y grandes y firmes y frescos: pechos de muchacha.

Beatriz los miró durante medio instante de tal modo que Alcira deseó huir, y a su manera lo hizo tomando la botella de ron para llenar los vasos. Pero la otra continuaba pendiente de sus pálpitos, pasándole los ojos por la parte desnuda de su cuerpo, parecida a quien acaba de llegar a



un país en el lado opuesto del mundo.

-Son bonitos -dijo Beatriz, acariciándolos con la mirada y con una mano. -Y muy suaves -añadió.

A pesar del fresco de la noche, la voz de Joan Baez se le reveló a Alcira con una calidez que la incendiaba por dentro, a lo que ayudaba el roce de la mano de su amiga del alma: Beatriz le ponía en su cuerpo un calor nuevo y renovador. Beatriz era una mano; era una brasa.

Desde las yemas de los dedos, por los brazos le ascendía a Beatriz un chorro de una sustancia sin nombre que le recorría la sangre e iba lavándole la memoria. Al comienzo, la imagen de la carne de Alcira y la sensación de un animalillo viajándole por dentro, saltando de célula en célula, se le confundía con las imágenes intermitentes del mundo de la calle, éstas cada vez más difusas hasta desaparecer; después fue como estar en blanco, como si acabara de nacer. Entonces le besó un pezón y su discreta dureza le fue grata a sus labios y a sus dientes y a su lengua.

Alcira gimió muy quedo. La humedad de la boca de Beatriz le produjo una suerte de desvanecimiento interior: le pareció que en alguna parte secreta suya ocurría un derrumbe, una quiebra. La humedad de la boca de Beatriz le menoscababa la voluntad y de nuevo quiso huir; por un momento brevísimo anheló estar lejos, ausentarse, e intentó retirar la cabeza de la otra, quien se resistió. Vencida ya, Alcira la dejó hacer tomándola con fuerza de los costados del cráneo, pero ni ella misma habría podido decir si lo hacía para alejar a Beatriz o para obligarla a permanecer unida a ella: nunca había pensado en la suavidad del cabello de su amiga ni en la tersura de su cuello.

Beatriz empezó a desabotonarle la falda y en tanto lo hacía iba imaginándose su propia desnudez, llena de vergüenza -siempre la había avergonzado su cuerpo-, entonces dirigió la mirada al rostro de Alcira con expresión de arrepentimiento, pero ella no la vio por tener los ojos cerrados como cuando se quiere mirar al centro de las cosas: una sonrisa plena de placidez la iluminaba, tornándola ofensiva de tan aérea y lúbrica; Beatriz decidió atajarse y dar fin a ese experimento de muchachitas locas, mas la iluminada se lo impidió cogiéndole las manos al tiempo que se le echaba encima para besarla y empujarla al medio del lecho; entonces también a Beatriz la sensación de humedad en la piel le aflojó cuerdas hasta hacerle perder la certeza de la propia totalidad, y con manos trémulas pero ágiles terminó de desnudar a Alcira: primero los temores que, como a ella, pudieran estorbarle; después las ropas, las cuales quedaron esparcidas en el piso como si las hubiera traído el viento. Y se desvistió ella también, casi sin despegar su boca de la otra boca, enloquecida por el olor a hembra.

Cuanto siguió no lo vio la luna. Fueron testigos la música y la voz de Joan Baez y el tímido viento que tras cruzar la ventana recorría la habitación.

Al recuperar la conciencia y hallarse entre los brazos de Beatriz, Alcira se consideró una naufraga en un mar hecho de sábanas. Tuvo náuseas; se sintió sucia y deseó darse un baño con agua helada, lejía y cloro. Empezó a sollozar y la invadió un anhelo súbito de ocultarse en el núcleo del planeta. Creía no tener fuerzas para soportar las miradas de los demás, ni merecerlas: ni siquiera se atrevía a mirar la cara de Beatriz. Se le hacía imposible olvidar lo sucedido y más imposible aún vivir recordándolo. En tanto, Beatriz

seguía con detenimiento el vuelo de una chapola que giraba en torno de la bombilla y, muy despacio, pasaba los dedos de la mano derecha por entre el pelo de Alcira. La oía sollozar y para calmarla le preguntaba qué quería. Alcira no quería ron, ni oír música ni hablar. Sólo quería llorar y dejarse tragar de la tierra.

No obstante, la otra persistía en sus caricias balsámicas. Bebió un trago de ron y se inclinó para besar a Alcira, sin dejar de acariciarle con una mano la cabeza y con la otra los senos, los cuales desbordaban el cuenco de su mano.

-Niña mía -le susurró al oído.

## LOS DOS HERMANOS

Cuando su marido le mencionó el asunto, fingió enojo y una mezcla de horror y risa apareció en su rostro. Nada podía ser más absurdo.

“Son delirios de anciano”, dijo, y se durmió. No volvió a hablarse de eso.

Y en realidad no tenía razones para descreer de sus hijos: aunque después del aviso de su esposo estuvo atenta, no halló enfermos los actos de ellos, ni sus gestos; ni siquiera llegó a oír los tales ruidos en las otras habitaciones. Pero la súbita e indescifrable muerte del hombre de casa le descompuso la vida y el sueño, el cual empezaron a interrumpírsele esos malditos ruidos en la habitación contigua.

El comienzo de su viudez fue fácil, pues, aunque no sin dificultad, sus hijos lograron convencerla de la necesidad de pasar una temporada en un ambiente más tranquilo, al menos libre de la presencia de vivos recuerdos. Aceptó visitar a su hermana y hasta la terminal fueron a despedirla los muchachos: estaban felices y ella se contagió. Y, en efecto, el aire puro y el contacto con la naturaleza la reconfortaron. Sin embargo se consideraba injusta por haber dejado a sus hijos en Medellín, solos, sin quien los atendiera. No obstante, ellos le enviaban cartas diciéndole

que se hallaban bien, que ya habían aprendido a defenderse, que para todos era mejor si permanecía disfrutando la paz del campo.

Pero no. Imposible quedarse allí más tiempo. "Dicen eso porque sólo piensan en mí, porque son muy buenos", reflexionó. Y un día, de improviso, regresó. Y era cierto. Quizá nunca había visto su casa tan bien presentada. Ni ella misma que gastaba mañanas enteras aseando y ordenando habría logrado una obra tan perfecta.

Al caer la tarde llegaron juntos, hermano y hermana. La actitud ante la madre fue de sorpresa. Saludaron. Dijeron cuanto debían decir.

"Están cansados", pensó y, callando tantas palabras como ellos, se dejó internar en el mundo de la noche. Cenaron. Vieron los noticieros de televisión. Cada uno hizo algún comentario sin importancia. Se fueron a dormir.

Durante ésa y otras noches su sueño fue apacible. Al acostarse, se entretenía escuchando los ruidos provenientes de la calle e imaginando a sus hijos en el estudio, cada uno leyendo o preparando el trabajo del día siguiente. En ocasiones los oía reír. Nada más. "Mis muchachos", suspiraba y se dormía feliz después de agradecer al Altísimo.

Mas, antes de transcurridas dos semanas desde su regreso del campo, comenzó a sentirse extraña en su propia casa. Una intrusa. Tenía una vaga sensación de destierro: sus hijos cada vez le hablaban menos, callaban a la manera de quien guarda un secreto, y ello la hizo sentir que su única compañía la constituían los fantasmas pobladores de la noche. Oía, o creía oír, voces y susurros. En una ocasión se

animó a ir hasta el origen de dichos ruidos y arrimó el oído a la puerta de la alcoba de la hija. Sólo escuchó un silencio absoluto. “Hice mucho ruido al salir y los espanté”, pensó, y regresó a la cama.

Y de verdad los espantó. En esa semana la dejaron dormir tranquilamente. Sólo regresaron en la madrugada del domingo. Entonces hizo lo mismo de la vez anterior: salió de su habitación y caminó hasta la de su hijo, chasqueando las sandalias; pegó el oído a la puerta. Igual: irreprochable mutismo. “¡Estas chanclas!”, se dijo, y tornó al lecho. Así durante las noches subsiguientes: oía murmullos y con el ruido producido por la puerta al salir o por las sandalias, todo se volvía silencio. Estableció una suerte de juego: le bastaba encender la luz y hacer ruidos como si fuera a salir del cuarto y de inmediato los fantasmas desalojaban la casa. Un juego que le permitía no pensar en la verdad, ignorarla.

-En esta casa hay fantasmas- dijo mientras desayunaban. Los dos hermanos la miraron y se miraron como sorprendidos por tal revelación.

Hay fantasmas que susurran y se lamentan. Animas en pena. ¿Qué cosa horrible habrán hecho?- se preguntó. Sonrió, se santiguó, prometió hacerle un altar al Corazón de Jesús y mantener en él una veladora encendida. Dejó caer un cubierto. El hijo la miró casi a modo de reproche.

- Estás nerviosa -le dijo. -Debes regresar al campo.

- ¡Nerviosa! -replicó.

A partir de entonces empezaron a llegar más tarde. Juntos hermana y hermano. La madre les dejaba la cena en el

calentador y se iba a dormir. A intentar dormir, pues ya los fantasmas se hallaban instalados en su adentro. Ideas fantasmas cuya semilla había sembrado el esposo, lo cual por momentos la hacía odiarlo, detestar su memoria. Fantasmas que entonaban sus coros adentro de la vieja casa y adentro de su cabeza y su alma. "¡Nerviosa! A mí no me engañan", se decía. Y cada vez que ese odioso concierto la desvelaba, leía la Biblia: bálsamo inútil; algo áspero persistía removiéndosele adentro.

Una noche que se levantó para ir a prepararse una bebida aromática, vio a una sombra entrar afanada a la habitación de la hija. Le extrañó no haber escuchado las puertas ni el rumor del agua al soltar la llave del baño. Fue a asomarse y halló todo como si no hubiera sido utilizado; regresó a su alcoba; se olvidó de la tisana. Le fue imposible conciliar el sueño: oyó las incoherencias que dos borrachos al pasar por la calle semidesierta se decían entre sí; oyó los ruidos de tres o cuatro automóviles; oyó el silbato del sereno. Oyó la noche en tanto rogaba al Señor que perdonara al mundo, a ella y a sus hijos.

Durante la cena del día siguiente se habló poquísimo. Apenas, sin que ella hiciera referencia a hecho alguno, el hijo insistió en su estado enfermizo:

- Te ves cansada. Estás muy nerviosa -dijo sin levantar la vista al tiempo que daba vueltas a su vaso de agua. -Te he traído un tranquilizante. Para algo tienes un médico en casa -agregó y se dirigió a su cuarto. Tras unos minutos regresó y colocó un frasquito sobre la mesa.

- Esto te calmará -habló la hija, y le pasó su propio vaso de agua.

Para casi todos ésa fue una noche feliz. La madre tuvo sueños que al narrarlos aparecen desprovistos de horror. Soñó ser una hormiga en medio del desierto, huyéndole a una ola de arena que crecía y amenazaba cubrirla: corría y corría y en el instante de la ola volcársele, despertaba (éste no fue el sueño: es la forma posible de vertirlo al lenguaje de la vigilia). Despertó bañada en sudor; sollozó un momento y luego el día recién hecho entró por la ventana. Ella caminó hacia la ducha. Se dispuso a preparar el desayuno para sus muchachos.

En adelante cada noche simulaba tomarse las dos pastillas. "A mí no me engañan", se decía, y las enterraba en una maceta. Mas, a pesar de haberse dado cuenta de ello los dos hermanos guardaron silencio, pero un día, muy temprano, la hija se le presentó en la habitación:

- Te traigo el desayuno y hoy me quedaré cuidándote. Estás muy nerviosa -dijo.

- Déjalo ahí -respondió. Luego pensó: "A mí no me engañan".

La joven salió y ella quedó esperando que se alejara: le pareció que permanecía del otro lado de la puerta. Fue a la cama e intentó leer la Biblia. Al medio día, tras recomenzar incontadas veces la misma página y repasar su vida en busca de la causa de lo que consideraba un castigo ("Por qué a mí, Señor", se repetía), decidió salir y al hacerlo halló a su hija limpiando las hojas de un helecho. Se dirigió al baño donde tomó abundante agua. Al tornar, la hija se demoraba en el mismo oficio:

- Te llevaré el almuerzo -dijo.



- No es necesario -y se encerró; imaginaba a su hija allí junto a su puerta, vigilante.

Ya al anochecer sintió al hijo y lo oyó conversar con la hermana y, no obstante el cuidado, no logró descifrar el sentido de la conversación; apenas identificó unos pasos que se acercaban lentamente; el "médico de casa" quería entrar a verla, pero ella no lo permitió alegando indisposición, necesidad de descansar a solas. "¡Nerviosa!", exclamó para sí y continuó la inútil lectura, suspendiendo por momentos para asomarse a la ventana y ver pasar la gente libre, o para orar sin saber qué gracia pedirle al Señor: sentía una especie de vergüenza ante Él. Más tarde, acosada por el hambre y la sed, caminó hacia la cocina donde los encontró preparando café; le ofrecieron; dijo que prefería agua fresca del grifo, pero lo halló seco, entonces tomó una manzana, un trozo de queso y un cartón de yogurt, lo único aparentemente vivo en la nevera.

- Estás muy enferma -dijeron casi a dúo los jóvenes.

- Estoy muy bien y ustedes lo saben -repuso la madre. Comenzó a sollozar y con pasitos rápidos se fue a la alcoba, como el que corre a defenderse de una peste. Los hijos se miraron con rostro de quien requiere una explicación.

Sentada en la cama, lentamente alternaba un bocado de fruta con uno de queso mientras miraba el desayuno intacto sobre la mesa de noche; sonrió y unas lágrimas le brotaron; se paró ante el ventanal; dos hombres pasaron juntos por la acera y se preguntó si podrían oírla en caso de que gritara, pero la aterrorizó la idea de que el mundo supiera cuanto ella había descubierto: su grito sólo lo escucharía Dios allá en su cielo. Se reprochó haber olvidado el altar.

Terminada su cena bebió un poco de yogurt y se tendió en el lecho, hundida la cabeza en una de las almohadas; la otra permaneció a un lado en la cabecera, zurcada por unos cabellos plateados. Ella lloró sin que nadie en la Tierra la oyera mientras un insecto sobrevolaba el desayuno envejecido. Luego, contra la propia voluntad, se durmió y al momento, como si un dios inexorable lo hubiera determinado, el mundo de la casa quedó en tinieblas.

El sueño de la hormiga en medio del desierto retornó: la ola surgió en la distancia y comenzó a acercársele; ella corría con desesperación, en vano: la ola era cada vez más grande y cada vez la sentía más cerca hasta que allí, ya en su propia casa, en su propia cama, le dio alcance. De seguro gritó; de seguro para protegerse movió piernas y brazos de manera loca y ridícula; de seguro se encomendó al Señor. El sereno, que en el momento pasaba haciendo su ronda, no debió oír nada porque la lluvia en la calle diluía cualquier sonido de adentro de las casas.

La hija dijo haber oído a través de la pared algunos ruidos casi normales, similares a los que eran costumbre en sus pesadillas; su hermano aseguró no haber escuchado nada debido a la lluvia y a la distancia entre las dos habitaciones: sólo conjeturó alguna especie de ataque violento, dado el desorden de la cama: estaba como si en ella hubiera ocurrido una lucha; calló respecto a la almohada casi destrozada.

Lo demás fueron los trámites legales que no podían complicarse por haber un médico en casa. El funeral fue tan tranquilo como el del padre. No llovió. Asistieron algunos parientes y amigos. Después de quedar completamente cubierto el ataúd, hermano y hermana

arrojaron flores y se marcharon juntos, abrazados. Ya nunca irían a separarse: los unía un secreto inconfesable.

## SEÑORITA LEONOR

- 1 -

Doña Leonor abandona el templo antes de tiempo para evitar la larga despedida en el atrio. "Viejas chismosas", piensa; se santigua sin saber si por arrepentimiento o por costumbre y comienza a ganar la leve pendiente hacia su vivienda.

Por carecer de obligaciones camina sin afanes, deteniéndose una y otra vez a conversar o a observar una fachada o un jardín: en actos tan de diario halla una especie de sensualidad.

Detrás viene una muchacha con blusa de algodón a rayas y falda muy ceñida, mas esa vestimenta casi pobre, sin embargo, da cierto aire de coquetería a su cuerpo fresco. En su mano derecha trae una bolsa plástica y su descuidado roce con la pierna es soporte para el sonido de sus tacones en el pavimento. Al verla, doña Leonor recuerda cuando su madre le gritaba desde el lecho, tosiendo: "No salgas a la calle, niña". Y ella, aunque ni siquiera hubiera pensado en asomarse a la ventana, respondía: "Bueno, mamá".

- ¿Qué llevas, muchacha?

La joven gira, sin comprender; inmóvil, la bolsa apretada

contra su pecho, mira a la anciana con un mirar trémulo de cabra. A la vez, doña Leonor mira ese conjunto palpitante de vida con expresión de quien ha reconocido a alguien visto fugazmente en el sueño. Desea abrazarla y agrega:

- En la bolsa, muchacha -y regresa a su sitio un mechón que le había caído en la frente. La joven sigue la trayectoria de la mano y se figura un bejuco seco.

- Hojas. Hojas de ese árbol -responde señalando un árbol indeterminado de la alameda, y por temor de que su mano se vea igual a la de la anciana tiembla involuntariamente.

- ¡Eucalipto! -exclama doña Leonor y nadie la oye, pues el ruido de una motocicleta apaga su voz. La joven le ofrece una rama y doña Leonor la recibe mirando esa mano alargada: le parece bonito el rojo del barniz en las uñas coronando tanta blancura. Le agrada el verde de las hojas y lo aspira hondo.

La joven se despide con una sonrisa. Doña Leonor la ve alejarse y de nuevo aspira el eucalipto.

El aire es mezcla de eucalipto y smog, de luz y sombra. La gente se demora en los andenes sin duda desentendidos del derrumbamiento del mundo. "Buenas tardes, señorita Leonor", la saludan los vecinos murmurando entre ellos: quizá se preguntan de qué habla sola la anciana; quizá por considerarla chiflada se burlan. Pero doña Leonor prosigue, ajena a esos vicios de barrio.

La retiene la voz que desde un radio sale de una casa. Escucha mientras con la mano derecha marca el compás.

“Se la dedico, señorita Leonor”, le dice un hombre; ella no lo oye: con la mirada se ha ido tras la muchacha.

La contempla como a una epifanía. La ve caminar en la distancia, cada vez más lejos, cada vez más nítida: por detrás, la blusa deja ver su espalda amorenada brillante por un velo de vellos dorados, amplia y carnosa en los hombros y agresivamente delgada a medida que desciende hacia la cintura. Doña Leonor la contempla sin dejar de escuchar la voz del radio y sin detener su mano; comienza a tararear y alguien más le dice algo, en vano: viajando con los ojos va junto a la joven, como venida de otros tiempos para cuidarla. Le observa las piernas y la manera deliciosa de adelantar una, después la otra, y por un momento, sólo por un momento, halla en ese caminar mucho descaro, algo que ofendería al Señor. Sólo por un momento brevísimo. Luego echa a andar sin perderla de vista.

El viento remueve los árboles y escasos carros dañan el silencio del barrio. Un hombre pasea su cojera al tiempo que ofrece servicios de plomero y arreglador de sombrillas. Doña Leonor ni siquiera lo oye: para ella sólo existe esa muchacha allá adelante, ya cerca de su casa.

Doña Leonor vive en un caserón parecido a los otros caserones del barrio pero menos cuidado. Es evidente la falta de mano y de dinero, pues la renta apenas alcanza para sus necesidades de anciana soltera y sola.

En los ojos de la anciana, la epifanía se para frente a la puerta de madera color madera, la cual parece recostada a un telón blanco con remiendos, y mira calle abajo; le sonrío a doña Leonor quien de inmediato, llena de una

cosa indefinible, se detiene. Ve a la otra hacer un gesto de invitación y, como si la puerta estuviera de par en par, entrar en la casa. La anciana reanuda la marcha apurando el paso; una vecina permanece mirándola, extrañada de que no le correspondiera el saludo y hubiera arrancado tan a prisa, de súbito. "Ahí está pintada la señorita Leonor", dice.

Y la señorita Leonor llega a su casa, busca la llave, abre la puerta y entra en sus dominios.

- 2 -

Está en el sofá. Una raya de luz, por donde trepa el polvo, atraviesa una rendija de la puerta y recorre el pasadizo de la calle a la sala, sin alcanzar a la mujer, quien se halla entre dos cojines con las piernas cruzadas; el brazo izquierdo, desnudo, sobre el respaldo de terciopelo rojo-mugre-raído; en la mano derecha un cigarrillo que lleva a la boca describiendo en el aire medio círculo. Hace volutas de humo y con un soplo las destruye. Cuando la brasa llega al filtro, se adelanta hacia la mesa de centro a depositar la colilla en un cenicero metálico y con la misma mano toma una revista. Con el movimiento la falda se le recoge más junto al vientre, dejando ver la blancura de su pierna. Comienza a leer una a una las hojas, lenta, y en ocasiones se detiene como si viera algo memorable, pues sonríe con los ojos vueltos al techo, mirando la nada.

La raya de luz se ha retirado. El salón se encuentra en penumbra, entonces ella alarga el brazo y enciende una lámpara puesta en la mesita auxiliar a su izquierda. En el patio, el turpial suelta sus últimos gritos del día, inútiles: nadie en el mundo lo escucha. La mujer enciende otro cigarrillo y mientras da una aspirada profunda arroja la

cerilla, la cual cae prendida sobre otra revista y tras unos segundos expira.

Al terminar de fumar se pone de pie con un movimiento nostálgicamente atlético. Un trozo de ceniza vuela desde su regazo al suelo y se desparrama. Va hacia la parte más interior de la casa y su andar, en su deliberadísima perfección, es obsceno por lo calculado y torpe.

Regresa trayendo un paquete de revistas apretadas con ambas manos contra el cuerpo. Sonríe al modo de quien ha recordado un chiste. La cabellera cuelga al lado izquierdo del pecho, con una guedeja introducida por el escote: con una mano la aparta pero como si cayera en la cuenta de un asunto muy importante vuelve a acomodarla un poco más adentro, en la planicie que le separa los senos. Descarga las revistas sobre el desorden de la mesa y se sienta con aire de abandono.

Reinicia la lectura. La luz es precaria, no obstante basta para que ella se solace con las historias. Aunque ajadas, las hojas muestran dibujos y fotografías de escenas de amor semejantes a las de la vida real. Las fotonovelas eran una afición de la Leonor joven; tan pronto quedó sola, gastaba mañanas y tardes leyendo novelones y folletines, borroneándoles los textos y reescribiéndolos ella misma con caligrafía adorable. En ese mundo de papel y tinta está la mujer; enciende un cigarrillo tras otro y va fumándolos con gesto altanero. El aire da la impresión de ser una cosa sólida. El turpial se ha silenciado.

Lentamente descruza las piernas y al hacerlo nota que el zapato derecho se le ha caído. Se quita el otro y extiende las piernas sobre la mesa de centro. Se le queda viendo el



borde de su pantalón y eso le gusta, entonces comprueba que la guedeja permanezca donde la había acomodado. Se suelta otro botón de la blusa, y otro, se levanta para ir a mirarse en el espejo de marco de yeso cariado por la humedad y el tiempo. Va hasta él y regresa a calzarse sus zapatos de charol que habían quedado en el piso. Ya más alta, se contempla en el cristal, el cual reproduce, además, parte de la sala con sus muebles y del pasadizo hacia la calle. Se ve hermosa y descubre en sus pechos una turgencia grata a su propio tacto; sonríe y se hace un guiño; se pasa la lengua por los labios al tiempo que con los ojos cerrados recorre su cuerpo con deleite. Al abrir de nuevo los ojos, reflejada en el espejo ve a una anciana.

- 3 -

Doña Leonor yace acurrucada a un lado del sofá, con el rostro entre las manos; la cabellera la cubre y solloza un llanto hecho de aire, sin ruido. De pronto levanta la cabeza y no ve a nadie. "Se fue", murmura con alivio y guarda silencio, pero apenas fue decirlo para empezar a oír una cancioncilla, casi su propia voz, tarareada por alguien en su habitación. Entonces va al teléfono y con mano temblorosa marca un número. Habla. Cuelga el auricular. Escucha con atención: la cancioncilla recomienza.

- 4 -

A través de la ventana se ve a la intrusa frente al escaparate de cedro. Muy despacio, palpa las prendas colgadas de los ganchos de madera: escoge una, la observa, se la prueba sobre el cuerpo y la regresa a su sitio. Al fin elige una camiseta roja sin mangas, y se da vuelta para extenderla en la cama; tarareando una cancioncilla vuelve a la

búsqueda. Se decide por una falda de mezclilla blanca y con un pantalón diminuto completa el atuendo. Permanece contemplando el conjunto sobre el edredón azul pálido: las tres piezas se ven como si hubieran nacido allí mismo.

La mujer siente un calor de ésos que se sienten cuando no está haciendo calor. Desabotona la camisa y la hace deslizarse por la espalda; se saca el sostén: los pechos sin ser grandes desbordan sus manos; se acaricia el vientre, echándose el pelo hacia atrás, con los ojos cerrados. Ese cuerpo es una sombra arrojada por la lámpara sobre las puertas del escaparate.

Desabrocha su falda, la deja caer a sus pies y sale de ella con movimientos más adecuados para entrar en una fuente. Da un paseo por la casa imprimiendo majestuosidad al andar y a los gestos. Al pasar junto al tocador torna a mirarse en el espejo. Se sienta al borde de la cama y se despoja del pantalón y los zapatos, con lo que agranda el desorden del piso. Pero a ella no le importa, pues sólo ocupa su mente el escandaloso llamado que la recorre y la invita a ir más allá del allá, hasta su centro. Tendida de espaldas sobre el vestido, la mujer acepta la convocatoria.

Con temblor en las piernas y sudor en las sienes se reincorpora y en el espejo se halla plena de belleza, entonces comienza a vestirse: primero el pantalón. Pausa. La falda. Pausa; el pantalón se advierte a través de la falda. Por último la camiseta. Calza unos zapatos de tacón más alto e inicia la ronda: una pierna adelante, después la otra... De mujer a mujer, la del espejo le dice que está muy bien pero le faltan el maquillaje y el peinado para hacerse perfecta.

Sentada en la butaca abollonada inicia la labor de total embellecimiento: de las gavetas extrae frascos con cremas, cajas de polvos, lápices, más cajas de polvos, escobillas, peinetas, cepillos. Realiza su trabajo con aplicación entonando una tonta cancioncilla. Cambia de posición para evitar la molestia de un resorte reventado en el asiento y prosigue. Se recoge el pelo y lo ata con una hebilla antigua de carey. Y ya está: ojazos alargados, labios rojísimos, pómulos encarnados. Pone unas gotas de perfume de pachulí en el cuello y en el pecho y comienza un afelinado paseo por la habitación. Por un momento llega a pensar que está algo escasa de carnes y que su vientre y sus piernas y sus senos lucen flácidos, pero es apenas un pensamiento fugaz. "Quizá nunca había estado mejor", piensa, y le alegra su cuerpo. Ante el espejo, con las piernas separadas, empieza a darse amor, cerrando los ojos para poderse ver por dentro. Sube una pierna al borde de la cama y sigue amándose.

Entreabre los ojos y ve un portarretratos de plástico sobre el tocador, a un lado del desconcierto de frascos y cajas y afeites. Es una fotografía de doña Leonor niña, de ésas que tomaban en las escuelas: la boca medio abierta y los ojos grandes suplican que la aguarden mientras se alista; el pelo se adivina recién humedecido; del uniforme a cuadros se le ve el peto sin medallas; sus manos aparecen nerviosamente unidas.

La invasora baja la pierna de la cama y da un paso hacia el tocador. Toma el portarretratos y lo observa durante medio minuto en el cual, de seguro, viaja quién sabe a dónde, y algo ingrato crece en ella, pues en su rostro ocurren movimientos como si un artista buscara cincelar en él alguna historia. Lo lanza contra el piso donde da tres botes antes

de detenerse junto al escaparate. No hay daño: el portarretratos ya no tenía vidrio.

Con la urgencia de quien ha estropeado algo y quiere recomponerlo, la mujer va a recoger el objeto. Ya no está cantando.

- 5 -

Ovillada en el piso doña Leonor da la impresión de estar pidiendo perdón al mundo o de querer defenderse de él. Pero ese mundo es la intrusa, a la cual imagina ahí haciendo groserías e irrespetando su decente casa. Piensa en que su madre estará revolcándose allá en su cielo y entre sollozos intenta orar para aplacarla; le es imposible: su propio llanto no le permite concentrarse.

Tiembla. Teme que la mujerzuela quiera ir más allá y la ataque, y ella no pueda defenderse: se siente sin fuerzas y sin voluntad. Hace inventario de cuánto podría robarse y teme sobre todo por el cofre donde guarda las argollas de matrimonio de sus padres. Sin abrir los ojos se la figura removiendo cajones; le extraña que no haga ruido y ese silencio tan pleno la hace sentir que va cayendo en un pozo sin fondo, o como si estuviera detenida en un punto de su hundimiento y el tiempo no transcurriera.

- 6 -

Llaman a la puerta con tres toques espaciados. Doña Leonor aguarda. De pronto, como si hubiera recordado algo significativo se levanta y cuanto más rápido puede sale de la alcoba. Se oye un taconeo desacompasado bordeando la sala donde el desorden de papel y colillas sugiere una

fiesta personal, y recorre el pasillo hacia la calle. Abre la puerta.

Los dos agentes de policía entran con renuencia. Doña Leonor cierra la puerta, la cual emite un sonido entre ronco y chillón, y el charco de luz que se había formado en el umbral desaparece. Afuera queda la patrulla con las farolas apagadas. En medio de ambos hombres y tomándolos del brazo, la anciana les narra lo sucedido, parecida al niño que recita una tarea, y les señala la habitación. Uno permanece acompañándola a la entrada de la sala, mirando lo que doña Leonor sostiene en las manos.

- Es mi portarretratos. La ladrona lo tiró contra el suelo y lo partió -dice ella.

Transcurridos tres minutos el agente menos joven, que se había internado en la casona, torna a reunírseles.

- Debe haberse escapado -dice con fingida alarma y hace un guiño a su compañero, quien sonrío. No era la primera vez que los asignaban a tal diligencia.

Calman a la denunciante recomendándole no abrir puertas ni ventanas, cubrir la jaula del pájaro, apagar las luces, acostarse a dormir. Y parten burlándose, en secreto, de la forma de vestir de la señorita Leonor y de su maquillaje excesivo. La señorita Leonor se queda tranquila con las palabras gentiles de esos señores, pero tan pronto echa cerrojo a la puerta empieza a escuchar que alguien, casi con su propia voz, tararea una tonta cancioncilla en su cuarto.

## EL ABUELO

- 1 -

El abuelo fue el primero en advertirlo. "Aquí hay una humedad", dijo señalando la pared que separaba al comedor del patio. Los otros miraron hacia allá, se miraron entre sí y empezaron a comer en silencio, cada uno reconcentrado en el plato que tenía en frente como si ése fuera su único mundo.

Miré al abuelo y me hizo un guiño, quizás en recompensa por haberle creído. Pero en realidad tampoco yo había visto humedad alguna y pensé que con ello él quería decir algo distinto, que era otro de sus juegos comprensibles sólo para ambos.

Esa vez, sin embargo, no comprendí, y la idea de que él me aventajara, de que el abuelo, tan anciano, pudiera dejarme a oscuras con una adivinanza me volvió insípida la sopa. Y pareció que a los demás les ocurrió igual, pues el silencio acostumbrado en casa durante las comidas ese día fue más denso. Sólo mi madre lo diluyó al pararse de súbito y caminar hacia su habitación, con un sollozo contenido; mi padre también se levantó tras tirar la servilleta y fue a encerrarse en su estudio: algo lo había enojado. Nosotros permanecemos ahí, callados, comiendo.

Según el abuelo, la casa estaba llenándose de humedades: las veía en la cocina, en la sala, en las habitaciones, lo cual hacía bromear a Diego. “Regalémosle un salvavidas”, decía a veces al salir afanado para la universidad. “Si vas a hacer chistes, que no sean tan malos”, respondía mamá, y tomaba a su padre del brazo para llevarlo al cuarto.

Pero era verdad eso de las humedades. Una mañana, cuando ya mis hermanos y mi padre habían salido, el abuelo me sacó de la cama y me llevó al comedor. Creí que escucharía otro de sus cuentos, pero lo que hizo fue ponerse a mi altura y mostrarme unas gotas de agua que brotaban de la pared. Eran escasas pero eran grandes y al humedecerse con ellas los dedos se sentía la frescura.

Y entonces, a gatas, recorrimos la casa hallando en todas partes lo mismo, y empezó a divertirme la posibilidad de viajar de un lado a otro en balsa: en balsa de la cama al baño, del baño al cuarto, del cuarto al comedor... Me veía como un marinero de ésos de película, enfrentando tormentas y monstruos del agua, y de lo contento fui corriendo a darle la noticia a mi madre, quien no me atendió por estar ocupada en sus oficios. “No seas tonto”, me recriminó, y desde la cocina le ordenó al abuelo que me dejara tranquilo.

Pensé que lo mejor sería esperar hasta la noche y contárselo todo a mi padre. Él sí pondría mano. ¡Qué tal que por no estar atentos la casa se nos viniera encima!, como decía el abuelo, que pasó todo el día en su cuarto al pie de la ventana, meciéndose en su silla de mimbre, y en la noche se negó a salir para la cena.

- 3 -

A la hora de la cena vi a mi padre contento: antes de sentarse a la mesa me acarició la cabeza y estuvo hablando de su trabajo. Por esa razón me animé a referirle lo de las humedades.

Al inicio escuchó con atención, mas poco a poco fue mudando el rostro y luego de golpear en la mesa se dirigió a zancadas donde el abuelo. Mi madre me miró de un modo que me ha hecho olvidar todas sus otras miradas, como si le hubiera fallado, y corrió tras él. "Se le pegó lo del viejo", murmuró Liliana; Diego sonrió y continuó haciendo chistes que no me divirtieron.

- 4 -

De tanto observar cómo brotaban las gotas de agua en las paredes, un día descubrí unas grietas. Fue descubrimiento mío, pero lo compartí con el abuelo porque habíamos acordado hacer de las humedades un secreto nuestro.

Cada día eran más los manantiales diminutos que desconchaban la pintura de los muros formando figuras a las que les dábamos nombres. Pero las grietas fueron la novedad. Al principio eran sólo líneas quebradas a las cuales había que presentir o adivinar, más que ver; después, verdaderos pozos sin fondo.

- 5 -

Una mañana mi padre no fue al trabajo a pesar de estar desde temprano vestido como para hacerlo; mi madre amaneció silenciosa y gris y mientras la veía ir de un lado a



otro de la casa yo pensaba que, desnuda, debía ser más bonita que Dios.

Al rato vino un señor y después de hablar muy calladamente con mis padres se encerró con el abuelo en su cuarto. De qué conversaron, jamás lo supe, lo cierto es que en adelante rara vez nos permitieron estar juntos. El hombre, antes de marcharse, se reunió con mis padres y de nuevo les habló en silencio.

- 6 -

No obstante crecer en tamaño y cantidad, las grietas en casa eran invisibles para los otros. Y es que ellos siempre estaban ocupados y de afán. Sólo Liliana, al llamarla para mostrarle un nuevo descubrimiento mío, se detenía y me acariciaba el pelo con sus manos de ciega. Liliana era dos manos.

“No vayas a caerte por una de esas grietas”, me gritó un día antes de irse por la acera, caminando como si en ella un hilo estuviera desenrollándose desde el comienzo de los tiempos. Viéndola a través de la ventana la consideré un ángel caído del cielo. Y estuve triste. Y sentí miedo de su advertencia.

También el abuelo me había prevenido una tarde que, a escondidas de su hija, estuvimos escuchando el fragor proveniente del fondo de una de ellas. Eran ruidos similares a los de un edificio viejo cuando hay temblor de tierra.

Temí. Mi padre y mis hermanos permanecían fuera, así que cuando la casa se viniera abajo no sufrirían. El abuelo y yo estábamos preparados. Pero mi madre, tan frágil y tan

desamparada, sería la víctima. En ocasiones imaginaba a los bomberos removiendo escombros en busca de su cuerpo.

“Cuando sea grande, mi propia casa la haré distinta, no sea que el día menos pensado se derrumbe”, pensé viendo a Lilita caminar en la distancia. En tanto, el abuelo había estado tras de mí. Ignoro cómo y por qué abandonó su habitación para deambular por la casa, pues mi madre cuidaba con celo que ello no ocurriera.

De lo flaco, me pareció un bejuco seco. “Voy a contarte un cuento”, dijo agarrándome con su mano fría; me arrastró hacia el solar y nos sentamos bajo la enramada. Era la historia de un país donde hombres y mujeres, al cumplir la mayoría de edad, partían en busca de otro país más allá de las montañas, allende el mar, en el que la vida era placentera, pues los ríos asustaban por su transparencia, los campos producían en todo tiempo y la caza se amontonaba sobre el pasto cobijada por un cálido vientecillo. Todos emprendían el viaje abandonando hacienda y parentela, pero al tiempo regresaban sólo los más fuertes trayendo los restos de sus compañeros. Partían generación tras generación, para luego repetir esa lamentable historia del regreso. Apenas permanecían en sus casas quienes habían escrito unos libros bellamente editados donde se leía que más allá de las montañas, allende el mar... Ese fue mi primer cuento infinito, como el del gallo capón.

- 7 -

Una tarde llegó a casa el hombre que ya había estado allí antes, acompañado de dos monjas. Igual a la primera vez,

mis padres hablaron con ellos como en secreto y luego todos se reunieron con el abuelo e, igual a la primera vez, me quedé sin saber de qué se trataba, pues mi madre me pidió encerrarme en mi cuarto. Y yo no podía fallarle.

Al anochecer mi madre fue por mí a la habitación y me llevó al comedor. En cuanto me dijo y en el modo de poner su mano sobre mi cabeza hallé una dulzura nueva, aunque no desacostumbrada, y me pregunté si habría sido aprendida al lado de mi padre.

Allí estaba toda la familia, incluido el abuelo. Bueno, en realidad él estaba ausente y parecía no oír o no interesarse en lo que los demás conversaban. A mi modo, pensando en lo hondo de las grietas y en el estrépito que de ellas ascendía, también me ausenté. Según recuerdo no fue una buena cena, salvo por dos o tres guiños que a hurtadillas me hizo mi amigo.

Al terminar cada uno fue a encerrarse en su habitación, yo el último porque permanecí sentado a la mesa observando una chapola que giraba en torno de la lámpara, igualmente desentendida del derrumbamiento de la casa.

- 8 -

De paso a mi cuarto, vi a mi madre con el abuelo en el cuarto de él. Estaba empacándole la ropa en una valija marrón. Ella lloraba quedo. Él miraba por la ventana el tumulto de estrellas que era la noche. Yo, en cambio, me alegré: al fin ella había visto la necesidad de huir del peligro pues, de acuerdo con lo dicho por mi amigo, los cimientos cedían cada vez un poco más.

Me dispuse a dormir. Y soñé. Guareciéndome de la lluvia, estaba en un galpón rectangular provisto de una puerta en madera azul plomizo, iluminado por dos bombillas pendientes de alambres ennegrecidos por la mierda de los insectos; era una estación de ferrocarril que contenía doce catres donde ocasionalmente se echaban a dormir los maquinistas en compañía de mujeres extraviadas. Un pupitre escolar servía de escritorio al hombre de los tiquetes quien, para entablar conversa, me dijo: "No debe tardar". Yo era el único pasajero y me contó que era creencia entre los nativos de la ciudad que quien pasara por esa estación no podría partir, y si lograba hacerlo no le sería posible llegar al destino propuesto. Cualquier cosa, entonces, sucedía en el viaje. Me contó de un hombre que se quedó dormido y en mitad del trayecto despertó gritando un extraño nombre de ciudad o de mujer o de planta, y pasando de un vagón a otro, como si corriera tras ella, tropezó y cayó bajo las ruedas. Yo, aún niño, era ese hombre. Me contó de un niño que, desde adentro del tren, tomó de la barranca una rama florecida de eléboro y al solo contacto olvidó los nombres de sus parientes y decidió quedarse allí mismo, de ayudante de calderas; olvidó también su nombre y todos lo llamaban según el día: si era lunes lo llamaban Lunes, si viernes, Viernes; nunca envejecía. Yo era ese niño.

No es que tal haya sido el sueño, sino que de esa manera lo he preservado.

- 9 -

Otras cosas soñé, pero siempre fui incapaz de volverlas palabras. El caso es que desperté bañado en sudor. El abuelo había llegado hasta mi cama y ahí lo vi mirándome en medio

de la noche; un rayo de luz lo partía en dos.

Me dijo que era la última oportunidad y me sacó halándome suavemente del brazo. Apenas alcancé a vestirme, sin entender. Pensé que otra vez quería contarme una historia y caminé como volando sobre las baldosas, a su lado, hasta la puerta de la calle donde me colocó un suéter de lana gris que me llegaba a la pantorrilla, y caminamos por la acera en la dirección acostumbrada por Liliana.

La brisa nos lavaba la cara e imaginé la noche como una piscina en la que era imposible zambullirse por completo. Arriba estaba la luna parecida a un hueco por donde mirara el cielo.

A medida que nos alejábamos de casa, oía un estruendo como de construcción o montaña que se viene abajo. Intenté volver la mirada pero el abuelo lo impidió diciéndome que de hacerlo quedaría convertido en estatua de sal.

## EL ASESINO

Un borracho entró bamboleándose y fue hasta la mesa del rincón donde se hallaba el asesino. “¡Campeones! ¡Campeones!”, gritaba al tiempo que agitaba un pequeño pendón.

Lucía una camiseta a rayas con los colores de su banderola y en sus ojos brillaba algo bonito e indefinible.

El asesino apenas lo miró; de nuevo dirigió su vista hacia la entrada y movido por una fuerza proveniente de su interior palpó el bulto del revólver bajo su chaqueta. El borracho fue al mostrador y bebió un trago. El dueño lo conocía.

Allí estaba el asesino, solo, como proscrito, en la mesa del rincón. Él y su cerveza. Él y su cerveza y su revólver. Él solo, pensando.

“¡Eh, compañero, ganamos!”, gritó el borracho buscando aprobación del desconocido.

Y el desconocido lo ignoró. Sólo robaban su atención quienes cruzaban la puerta. En tanto, iba enumerando los datos, una y otra vez, variando el orden: cabello cortado al estilo militar, ojos grandes, bigote, lunar bajo la boca... El retrato tomaba vida en él. Imaginaba a su próxima víctima entrando al bar, bebiendo un trago, moviéndose con

torpeza al ritmo de la salsa, cantando y palmeando como hacían los demás clientes.

La atmósfera del lugar, sumido en la penumbra, ocultaba los rostros. Sobre el asesino se proyectaba un rayo de luz violeta, desfigurándolo; un rayo de luz cómplice. El borracho se le acercó y desde allí pidió a la camarera una cerveza para el desconocido.

La muchacha colocó el servicio en la mesa y el asesino lo retiró hacia un extremo. El borracho le acarició la cadera a la mujer y dijo: "Buena la negra, sí o no, compañero". Ella lo miró con desprecio acostumbrado.

El asesino levantó la mirada. Le vio sus ojos vidriosos y el rostro brillante por la grasa. A cualquiera habría asustado el odio que mostró en ese momento. Odio atigrado. Pero el borracho no lo percibió, y cuando ya ella se había marchado por entre los clientes repitió: "Buena la negra". Su cuerpo no era del todo desagraciado.

Como si fuera a decirle un secreto, el borracho acercó su aliento fétido al rostro del asesino; no obstante habló para que todos oyeran: "Campeones, compañero", dijo. El asesino le hizo una seña y el hombre, seguro de que le sería confiado algo de suma importancia, bajó su oído casi hasta la boca del otro; lo sintió su amigo. "Me importa un culo", susurró el asesino.

El borracho regresó a su lugar junto al mostrador, incrédulo, donde ordenó otro trago e inició una danza sin forma. Palmeaba y cantaba, solitario. Encendió un cigarrillo y por entre el humo de la primera bocanada, sin amor, miró al desconocido. "¡Viva Nacional!", gritó.

Cada vez el salón se hallaba más concurrido y a pesar del espacio los clientes parecían preferir la barra. Eran una familia unida por la afición al fútbol y a la música antillana. Cada canción, la historia personal o parte de la historia personal de cada miembro, pues aun a los más silenciosos se les veía comprometidos en un silencioso diálogo con el cantante de turno y consigo mismos.

También el borracho hacía parte de esa familia. Se dirigió otra vez a la mesa del desconocido llevando una cerveza. Una ofrenda. Sin olvidar la anterior respuesta del extraño pero queriendo olvidarla, como si quisiera convencerse de haber escuchado mal, o como si quisiera darle una segunda oportunidad, se acercó a él con una cerveza.

El asesino repitió la escena: retiró la botella hacia un extremo, al lado de la otra cerveza aún intacta. Guardó silencio y no dejó de mirar hacia la entrada del local. "Alrededor de las ocho de la noche", le habían dicho. Faltaba poco.

"¿Le gusta el fútbol, compañero?", preguntó el borracho. El asesino escuchó perfectamente la pregunta, mas no respondió. Le pareció absurdo que alguien le preguntara eso a él y un caleidoscopio se volvió su mente. Se vio en las calles del barrio, niño y no muy feliz, corriendo tras un balón gastado. Recordó a su hermana, ahora empleada en un bar, metiéndole la mano por entre el pantalón a un muchacho y él apretándole los pechos, dándole lengua, medio protegidos por la noche junto a la puerta de su casa. Recordó a su hermana haciendo eso mientras sus amigos y él disputaban un partido con los de la calle de más arriba. Recordó y sonrió por lo tonto de ese recuerdo.



“El fútbol es una maricada”, dijo el asesino, semejante a quien habla para sí mismo.

Su interlocutor sintió un derrumbe en lo más hondo suyo, pero igualmente de lo más hondo le brotó cierto valor, algo hijo de la indignación.

“¡Hey, a este man no le gusta el fútbol!”, se burló delante de todos, y algunos, sin dejar de bailar o de cantar, miraron al desconocido. “Y dice que somos unos maricas”, agregó, lo que aumentó la cantidad de ojos vueltos hacia él, quien persistió en sus recuerdos de muchacho levantisco, fija la mirada en la puerta del bar, sin que siquiera se le alterara el ritmo del corazón.

Sonaba una canción de Benny Moré mezclada con voces de reproche contra el borracho o contra el desconocido. Mientras eso, el asesino comprobaba la presencia de su arma en la cintura, no porque pensara en exhibirla sino porque le agradaba sentir su textura recia. Después poco a poco cada uno fue volviendo a lo suyo: a la danza o al canto. Pero el borracho insistió en su oficio de incendiario y se alejó diciendo en voz alta: “El marica es él”.

De nuevo tornaron las miradas hacia el desconocido acompañadas de murmullos y risas.

El asesino no supo exactamente de quién se reían. Levantó la cerveza y observó el círculo de agua sobre la mesa; bebió un sorbo de casi media botella y se demoró reconociendo el amargor amigo en su boca y su garganta. Comenzó a golpear la mesa con los dedos, tímidamente y sin mucha cadencia: tantantán tantán, tantantán tantán... Intentó dejarse llevar por esa marea hecha de lamentos de

trompetas y timbales y humanas voces, pero era demasiado pesado; el suyo era un cuerpo como desacostumbrado al ejercicio de la fiesta. Tantantán tantán decía la orquesta y los de la barra y las demás mesas la seguían. El borracho apenas podía sostenerse en pie. El asesino tomó otro trago largo y pasó la vista por los retratos pintados al vinilo en una pared. Le fueron familiares. Claro que sabía de ellos. Eran Daniel Santos y Celia Cruz y Héctor Lavoe y Oscar de León. Había otros rostros, mas no le importó desconocerlos: “Después tendré oportunidad de averiguar sus nombres”, pensó. Miró al borracho y sintió lástima, pero no supo si por el borracho o por él mismo. Por la acera vio pasar una muchacha vestida de blanco.

“¡Marica!”, murmuró entre eructos el borracho. Los clientes del bar esperaban la reacción de ese desconocido de la mesa del rincón, mas en ese instante apareció un hombre con cabello cortado al estilo militar, ojos grandes, bigote, lunar bajo la boca, zapatos de charol... El asesino lo miró de arriba a abajo y una cosa áspera se removió en su interior. Suspendió su tamborileo.

Los clientes continuaban esperando su reacción; el borracho volvió a decir algo pero fue apagado por el grito del recién llegado.

“¡Campeones!”, gritó sacudiendo los brazos en alto.

Los demás se unieron a la celebración del nuevo miembro de la familia y se olvidaron para siempre del borracho y del asesino.

## PASION Y MUERTE DEL CAPITAN

Muchos otros oficiales, movidos por los ímpetus de sus sangres, habían emprendido la conquista de ese próspero reino con el único fin de tomar el palacio y llegar al aposento de la princesa. Sin embargo, después de cruzar puertas y más puertas, tantas como la cifra de barcos en los mares, regresaban a sus cuarteles sin siquiera haber visto el tesoro. Regresaban con un triunfo hecho de metales y preciosa pedrería que sólo alegraba al populacho.

Mientras tanto el Capitán, que tal era nombrado, se fatigaba consultando astrólogos y entrañas de animales, hasta que un día durante un sueño, que jamás a nadie refirió, le fue revelada la clave.

Así, una mañana poblada de golondrinas y arrendajos, con estudiada ciencia dispuso las escuadras y, en menos tiempo del que gasta el sol para ponerse en la cintura del cielo, puso sitio al corazón del reino enemigo. Sin cuento brilló el acero; verdad es que corrió abundantísima sangre.

Hasta ese mismo punto habían llegado sus antecesores, y aun mucho más adentro, pero el Capitán no quería repetir la lamentable historia del regreso de todos ellos. Entonces ordenó a la tropa asear el lugar: "Las cosas en sus puestos", dijo, y con celeridad y precisión de hormiga cada cual cumplió su parte. Sólo cuando todo apareció similar al

instante antes del asalto los soldados se dieron al reposo y él se tendió a contemplar el discurrir de las nubes. El sol estaba tímido; rezagadas aves volaban como sin moverse: eran pedacitos de papel pegados al tejado del mundo.

Tras varias horas de gasto inútil de pupila en el firmamento, deslumbrado ya, el Capitán se incorporó y con la espada empezó a trazar arabescos sobre el piso terroso. Los soldados, concedores de la vehemencia de su comandante, prefirieron no hacer comentarios. Al fin algo brilló en sus ojos y tembló en su cuerpo. Ordenó una jarra de vino; la despachó, la tiró y tiró su espada. Subió sin escolta las escalinatas del palacio. Se detuvo ante la imponente puerta metálica, pronunció una suerte de letanía inaudible y la puerta se abrió sin siquiera dejar oír el chirriar de sus goznes.

En el alto aposento el Capitán halló a la princesa trabajando en un lienzo, un mar azul o verdoso como el mar, calmo, y al verla metida en su batón manchado de óleos comprobó que era cierto lo que se decía: su belleza entontaba. Ella intentó correr para escapar entrando en las aguas de su océano pero el Capitán alcanzó a tomarla de un brazo y retenerla. En la arena blanca de la playa apenas quedó la huella de uno de sus pecesillos.

Luego aparecieron en el portal del palacio. El Capitán saludó a la turba expectante y entre vítores se dirigió a la carpa que para su servicio levantara la tropa. La princesa caminaba delante suyo con la cabeza erguida.

A la joven, su padre la había recluido en la última torre del palacio para evitar que por causa de sus ojos lentos continuaran perdiéndose los mejores guerreros del reino,

los cuales terminaron resignados a imaginarla allá arriba contemplando a través del tragaluz el vago horizonte. Pero, ajena a los goces del mundo real, la princesa gozaba su soledad con adolescente estoicismo; por ello sólo lamentó no haber traído consigo a la tienda de campaña sus lienzos y pinturas, hecho que la indisponía un poco más conforme pasaban las semanas. Sin embargo su tristeza silenciosa iba tornándola mucho más bella, pues su cuerpo se adivinaba tenso, semejante al del atleta que se impulsa para saltar con la pértiga. También el Capitán, a pesar de su fama entre amigos y enemigos por la captura de la princesa, sentía malestar y tristeza. Así, carcelero y víctima, sin hablar, apenas sí se alimentaban.

Mientras tanto la tropa, desembarazada de la rigidez de su comandante, iba aficionándose al juego y al vino y hasta a los soldados de más legendaria disciplina el ocio los volvió redomados amigos del vicio y la bellaquería. Todo era fiesta: la supuesta fiesta sin término en el interior de la carpa se reproducía sin término en los patios, pues el rey derrotado había huido con los restos de su ejército, sin armas, sin moral, desentendido de la suerte de su hija.

El Capitán, quien se hallaba en el tiempo en que se sabe que todo afán es vano, enamoradamente triste esperaba. Y es que un enamorado siempre espera algo: un signo, un prodigio. Y éste llegó: una mañana al inicio del invierno, en el dibujo hecho por la lluvia sobre la capa del centinela, el Capitán leyó que también sería alimento de su propia pasión la alegría de su amada; entonces ordenó traer pinceles de pelo de camello, telas y pinturas en cantidad harta. La princesa, desprovista de maldad, sonrió. El Capitán al verla sonreír se creyó el único guerrero realmente vencedor en todas las batallas.

Todo fue empezar. Con febrilidad de prófugo la princesa desplegó el lienzo más grande e inició su labor sin detenerse hasta el anochecer: bosquejó un jardín. El Capitán se alejó unos pasos para verlo y, semejante a quien aprueba la propia obra, se frotó las manos y fue a tenderse en el camastro por primera vez con plena satisfacción desde la toma del palacio. Cuando la princesa lo supo dormido en profundidad, recortó un pedazo de tela limpia y reinició su arte.

Para el Capitán el sueño transcurrió tranquilo, sin sueños, pero al alba lo despertaron los últimos estertores del centinela: había ocurrido una escaramuza.

La joven cautiva reinició su jardín. De nuevo trabajó sin descanso hasta el crepúsculo y de nuevo el Capitán, tras darle su aprobación a la obra, fue a su lecho.

Una rutina se estableció y siguió cumpliéndose durante jornadas y jornadas: trabajo sin reposo de la princesa, reposado sueño del Capitán y escaramuzas cada vez más sangrientas afuera de la carpa. Así hasta el lienzo llegar a su término y el ejército del Capitán hallarse empobrecido, a pesar de lo cual su ciega y sorda felicidad crecía.

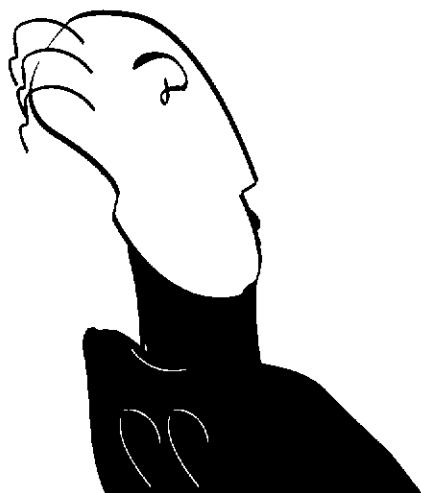
Pero una mañana, la última a que se refiere nuestra historia, para el Capitán todo se vino abajo como si las montañas hubieran mudado de sitio o como si los astros hubieran extraviado el rumbo: estaba el jardín de óleos, mas no su creadora. Sólo se veía la última de sus huellas en la grama del lienzo, ya borrándose, y el Capitán no acertó a hallar el sendero. Entonces salió de su tienda de campaña y empezó a caminar sin rumbo a través del campo callado, tropezando con los cuerpos muertos de sus soldados.

Tanto la gran tela como los pequeños cuadros en los que se representaban cruentas batallas se fueron deteriorando por la humedad y el abandono. De ellos nada se conserva.

# **Tus ojos no lo han visto todo aún**

**Colección de Cuentos • Mención Especial**

---



**Rodrigo Mora Yepes**



## *A Manuela y Clara*

### **Rodrigo Mora Yepes**

Nació en Medellín, el 18 de noviembre de 1965.

Comunicador Social egresado de la Universidad de Antioquia.

Ganador Beca Colcultura en el Area de Cuento. 1993

Ganador Mención Especial III Concurso de Poesía de la Secretaría de Educación Municipal. Medellín 1992.

Con esta beca de creación de Colcultura, el autor escribió la colección de cuentos "Tus ojos no lo han visto todo aún".

## MARY CON Y GRIEGA

Probablemente no has bebido lo suficiente como para morir en este mismo instante, en tu propia habitación, debajo de la cama y con los pies descalzos. Tu padre no ha pronunciado una sola palabra, y tu madre llora bajo las sábanas. La tele lo invade todo. La inmensidad, la oscuridad de aquella casa después de las once treinta. La tele de tu padre ha desalojado de tu cabeza el último vestigio de la última canción que se escuchó en el bar. Las palabras incomprensibles de alguien que se acercó demasiado para contarte la última noticia. El último recuerdo. La última sonrisa. Es demasiado, piensas. Pero sabes que no puedes hacer nada al respecto.

Creo que así transcurren todas tus noches. Inmersas en el sopor que producen siete cervezas, luego de un viaje en autobús hasta estas calles. Pero las cosas van a ser diferentes esta noche. Quieres tener una noche memorable hoy mismo. Las chicas deben andar por ahí, con un par de tipos cualquiera. Sonrientes. Angelicales. Dos tipos bañados en Halston. Es algo que podemos superar fácilmente, dices. Luego, bebemos nuestras cervezas en silencio. Una niña sube las escaleras de cemento rojo que llevan hasta la ventana donde una mujer se gana la vida vendiendo licores, cigarrillos y chocolates. La niña lleva un pequeño rollo de billetes en su mano izquierda. Sube lentamente. Con la otra mano aparta el cabello que le cae sobre los ojos. Pasa en

medio de nosotros y golpea el vidrio con una moneda. La mujer tiene la cara muy pálida, y unas enormes manchas pardas rodean sus ojos. Mueve sus manos con indecisión. A veces pienso que está a punto de morir. Aunque siempre sonrío y nos dice cosas como: cada día los veo mejor. Abre sus labios rojos y apretados. Al instante viene a mi cabeza la imagen de un acuario repleto de peces globo. La niña se aleja con una botella de ginebra barata en la mano. En medio de la calle, tres niños en bicicleta la rodean, dan varias vueltas a su alrededor y luego se marchan veloces y sonrientes. Ella lanza una carcajada y se pierde en el interior de una casa gris. Nuestra noche aún puede ser memorable.

Bajamos por la calle paralela al cuartel de policía. Cada veinte metros, un centinela levanta la cabeza con un movimiento leve, nos mira desde la oscuridad, al otro lado de la malla metálica, y luego nos ignora. A veces, uno de ellos pide un cigarrillo, o nos dice: camine rápido, cabrón. Antes de llegar a la autopista escuchamos el silbato de la fábrica de estufas. Es sábado, y piensas que es toda una desgracia que un montón de hombres y mujeres estén martillando y ensamblando hornos precisamente a estas horas de la noche. Aunque la verdad es que el asunto te tiene sin cuidado. El silbato se prolonga unos segundos y muere entre el estrépito de un enorme Kenworth rojo, cargado de algodón, que rueda pesadamente rumbo al sur. Una vez viajamos en camión. Seiscientos kilómetros hasta el mar. Éramos chicos y eso ahora no tiene la menor importancia para nosotros. Subimos al autobús. Vamos directamente al último asiento. Sólo dos personas más viajan con nosotros en aquella caja de latón modelo sesenta y cuatro que se bambolea violentamente en medio de esta noche calurosa. El monóxido de carbono penetra en mis

ojos. Podríamos desmayar antes de llegar al Oskar Night Club.

Éste no es un bar para gente como nosotros. No digo que sea un antro o algo por el estilo, porque definitivamente no lo es. Además, cualquiera de esos tipos ebrios que se sientan a sus mesas es más decente que tú y yo juntos. Puede haber uno que otro estafador bebiendo unas cervezas y tratando de agarrar una buena chica. Pero la verdad, es que eso no nos afecta para nada. Digo que éste no es un bar para gente como nosotros, porque es la primera vez que entramos, y las miradas que nos lanzaron todos esos tipos dijeron ustedes dos no pertenecen a este territorio, nunca se les había visto por aquí, qué guardan bajo sus chaquetas par de niñitos bonitos, buscan una mujer, una historia que contar o algo por el estilo. Eso dijeron sus miradas. Sonreí apenas cruzamos la cortina roja. Sonreí cuando vi las chicas esbeltas caminando por ahí, sobre sus zapatos de tacón alto. Sus piernas desnudas. Sus pañoletas rojas alrededor del cuello. Alegres o fingiendo. Y esa música. Esa música también nos grita lárguense cuanto antes par de mocosos, mami los espera en casa. No es cierto. Aquí estamos, envueltos en humo y neón azul, y las chicas están muy bien. Inalcanzables. Vestidas de blanco. Sonrientes. Voluptuosas. Mi chica y un tipo cualquiera cruzan la ciudad a cien kilómetros por hora sobre una Yamaha quinientos centímetros cúbicos. Me pides que lo olvide. Una de las chicas se acerca, nos señala una mesa ubicada justo en el centro del salón principal y pregunta qué les sirvo. Su voz es dulce. Sólo quiere ser amable, servir unos tragos y no meterse para nada con dos tipos que no ofrecen una buena perspectiva. Ordenas dos rones secos y un poco de zumo de limón. Nos viene bien un cambio, dices. Todas esas cervezas que bebimos en casa de la vieja

pensionada nos han caído de maravilla, pero viene bien un cambio, de acuerdo. Nos hemos colado en otra dimensión, y necesitamos algo fuerte para perder el camino de regreso. Esta noche pisamos otro suelo. Suelo donde quizás una docena de hombres han caído heridos de muerte. Respiramos el aire enrarecido de un lugar que no nos pertenece. Sentimos el odio de hombres que jamás habíamos visto. Te excitas ante la presencia de esa mujer rolliza que luce el cabello al estilo Cleopatra. En este mismo instante, tu chica debe estar mordisqueando y lamiendo la oreja perfumada de un tipo angelical. Una botella vacía se estrella contra el piso. Los cristales rotos se esparcen debajo de las mesas. Por unos segundos, las voces enmudecen, las chicas que llevan servicios se detienen, el *barman* levanta la cabeza sorprendido y deja de secar el vaso que tiene entre sus manos. Sólo la música sigue su curso, hasta que los cuatro hombres de la mesa de al lado, sueltan una risotada que hace sacudir sus asquerosos cuerpos.

A las dos en punto la chica nos pide cancelar la cuenta. No es justo. No has sido lo suficientemente amable. No te has sentado a nuestro lado a charlar un poco. ¿No quieres contarme tu triste historia? No me has besado, dices. Ella hace una mueca de fastidio, sonrío y se aleja después de recibir su dinero. Alguien debería golpearla, piensas. Vaciamos nuestras copas y salimos a la calle desolada.

La ciudad está muy quieta. Como descansando luego del fragor de una tarde calurosa. Caminamos sin prisa, con las manos entre los bolsillos de la chaqueta. A lo largo de la calle se adivinan las figuras de hombres que duermen arrellanados en los rincones. Quizá sueñan sueños de horror. Quizá sueñan con no despertar en la mañana de mañana, ni en la de ningún otro día soleado. Doblamos a

la izquierda y entramos a una calle mucho más estrecha y oscura. Todos los bares del lugar han cerrado sus puertas, pero del interior nos llegan voces, música y el sonido que producen las copas al chocar. Una pareja camina por la acera de enfrente. Llegan hasta un poste del alumbrado, cuya lámpara ha dejado de funcionar. El hombre apoya la espalda en el poste, la mujer se arrodilla delante de él y comienza a abrirle la bragueta. Suavemente. Él le acaricia el cabello con ambas manos. Nos detenemos unos instantes, y podemos escuchar su respiración violenta. Continuamos nuestro camino calle abajo. De cuando en cuando, uno de nosotros vuelve la mirada atrás. Genial, dices en tono divertido.

Pequeños grupos de travestis pasean por la calle Bolívar. Caminan una cuadra y luego vuelven lentamente sobre sus pasos. Fuman y mascan chicle con lascivia. Sus voces poderosas se escuchan en medio de esta noche que ha vuelto a nacer, aquí mismo, en esta calle. Algunos se refugian bajo la penumbra del viaducto en construcción. Ya vendrá alguien en un buen auto, buscando un poco de placer.

Una hoguera rodeada de niños harapientos arde bajo el viaducto que se levanta sobre la ciudad como un enorme animal silencioso y taciturno. La noche y las luces amarillas le dan el aspecto de un mal sueño soñado por mil hombres agotados. Las imágenes de una ciudad semidestruida pasan veloces por mi mente. Una ciudad habitada por seres alucinados, que van de un lado a otro sin mucha prisa.

Ésta sí es otra dimensión, dices. El licor ha destrozado nuestros sentidos por completo, pienso, mientras veo pasar una de esas criaturas ofreciendo a la noche todo su enorme

cuerpo. Nos detenemos delante de una anciana que vende cigarrillos. Compramos medio paquete de Lucky. Gracias, abuela, dices, y encendemos allí mismo. La anciana nos mira impasible y siento como si sus ojos grises me dijeran que su larga vida ha pasado en vano. Que nunca debió haber llegado a estas calles. Nunca debí haber huido, dicen sus ojos que ahora miran al vacío. La anciana se marcha con su carga de cigarros. Tú lanzas una bocanada de humo que se esparce formando figuritas en el aire. Un niño alimenta la hoguera con las hojas de un periódico. Los demás, miran divertidos cómo el fuego consume el papel sucio, cómo se desfigura la fotografía de una mujer espléndida.

Algo en mi interior dice que aún no es hora de ir a casa. Que aún puede mejorar esta noche desastrosa. Lanzas otra bocanada de humo azul y te vas tras el tipo de minifalda verde y cabello rubio oxigenado que pasa muy cerca de nosotros. Caminas a su lado. Él se detiene sonriente y su cuerpo adopta una posición sensual. Como si posara para la portada de Playboy, y tú fueras su fotógrafo preferido. Toma delicadamente el Lucky de tu boca, da una larga fumada y te lo devuelve sin dejar de mirar tus ojos. No escucho nada, pero tu conversación con ese tipo es muy amable. Él suelta el humo lentamente sobre tu cara y luego comienza a acariciarse un mechón de pelo. Entorna sus ojos mientras lo hace y escucha divertido lo que dices. Coloca una mano sobre tu hombro izquierdo y te responde algo con dulzura. Das media vuelta y caminas lentamente hacia donde yo estoy parado, fumando mi cigarro. Él se queda mirando un instante cómo te alejas, y luego continúa su camino. No tenemos tanto dinero, dices cuando llegas a mi lado. Das una fumada, y arrojas al aire el Lucky manchado de lápiz labial naranja.

Nos acercamos a un chico solitario. Levanta la cabeza justo cuando llegamos delante de él. Lleva un vestidito blanco ceñido al cuerpo, y luce unos guantes de encaje que suben hasta los codos. Sus labios son de un rojo muy intenso, y el maquillaje que lleva encima no logra esconder por completo la fina cicatriz de su mejilla izquierda. Hola, dices, y le ofreces el paquete de Lucky, pero ella sólo fuma cigarrillos con filtro. Además, podría marearse un poco. Hemos comenzado mal, piensas. Podríamos comprar una botella, pero es algo peligroso beber con un par de extraños. ¿No creen? Su nombre es Mary. Mary con y griega, dice. Mary con y griega tiene los senos pequeños y una sonrisa triste en el rostro. Mi amigo y yo queremos tener una noche memorable, y tú puedes ayudarnos, nena. Déjame ver tus teticas, Mary. ¿Ha hecho bien su trabajo tu cirujano de quinta categoría? En Italia habrías logrado algo estupendo, pero no está tan mal, no pongas esa cara. No quise ofenderte, de veras. Te ves deliciosa, nena. No estaría bien dejarte parada toda la noche bajo esta mole. No es eso exactamente lo que queremos de tí, dulzura. Las luces de un auto iluminan, por un instante, nuestras figuras apoyadas contra la columna de concreto. Hablas casi sin parar mientras río a carcajadas. Mary no deja de mirarme con sus ojos de venadito. Están locos si creen que voy a meterme a un cuarto con ustedes dos. Pero yo pienso, Mary, que te encantaría, porque ya has estado con más de un asqueroso tipo a la vez. No te hagas, Mary. Además, no quieres pasar la noche en blanco, lo sé. Muy bien, vamos. De acuerdo, tú escoges el lugar. Sabes, Mary, he comenzado a amarte.

Me llevo un Lucky a la boca. La idea de meternos con este tipo a un hotelucho, escogido por él mismo, no me ha gustado para nada. Estas callejuelas no me gustan. No me



gusta tu vestidito blanco, Mary con y griega. Y de tus botas, ni hablar. Claro que tienes unos muslos fabulosos. Me pregunto qué opinará tu padre de todo esto. De que vayas así vestido, de que cada noche te vayas a la cama con unos tipos totalmente ebrios. Quizá fue tu padre el primer hombre en besar tus labios. Todo puede suceder, tú sabes. Una vez vi una película en que un hombre y su hijo de doce años, eran amantes. Se fugaron a las costas de África. Luego, el hijo regresó a Madrid convertido en toda una mujer. Bueno, ésa no era la historia principal, pero creo que te habría gustado.

Dejamos la avenida del viaducto y nos internamos en la callejuela oscura donde antes funcionaba una enorme lavandería. Mary camina delante de nosotros, arrastrando sus botas blancas completamente recubiertas de *Griffin All White*. Unas botas que le suben hasta la rodilla y tienen el tacón muy gastado. Nos detenemos ante una puerta roja. Mary golpea con fuerza, y el metal resuena en la noche como un enorme bombo azotado por un esclavo poderoso. La puerta se abre casi de inmediato. Un viejo obeso, a quien le falta un ojo, aparece enfrente de nosotros. Lleva el cabello revuelto, y la camisa abierta deja ver su descomunal panza pálida. ¿A qué lugar nos has traído, Mary con y griega?. El viejo lanza un gruñido mientras se rasca la cabeza, se aparta y seguimos a Mary que ha cruzado la puerta de un salto. Un vaho caliente acaricia mi cara. Todo es rojo allí dentro. No tan rápido, niños, paguen antes, gruñe el viejo gordo a mis espaldas. Le das el dinero; él guarda su billete casi sin mirarlo. Tengan cuidado con esa loca, susurra, y sube pesadamente por unas escaleras. Su ojo único, su ojo fantasmal, no se aparta de nosotros, y es como si mirara por última vez a un par de condenados.

Este cuarto sí que está mal. Justo en la cabecera de la cama, una veladora roja ilumina la imagen del Señor Caído de Girardota. Algo me dice que ésta es la cama del viejo repugnante que acaba de desaparecer al final de la escalera. Una lámpara de papel crepé rojo, decorada con motivos japoneses, reposa sobre una vetusta mesita de noche. No hay nada más allí. El aire es más caliente aún. Un buen trago aliviaría mi garganta seca. El rostro de Mary con y griega se descompone mientras tú saltas sobre ella. En el aire, tu enorme navaja automática me dice que hemos olvidado a nuestras chicas por completo.

La música aún ruge en el interior de sus cabezas como una tormenta feroz y lejana, mientras caminan en medio de una lluvia delicada que se ve caer bajo el tenue haz de luz de las lámparas del alumbrado público, y luego desaparece en la oscuridad. Todo el barrio duerme. El ruido de sus pasos sobre el asfalto se escucha junto con el rumor de los pequeños arroyos que bajan a lado y lado de la calle. Los cinco caminan silenciosos, separados varios metros uno del otro, y se hacen pases de *basket* con una botella de vino tinto casi vacía. La lluvia se hace más delicada, y cae silenciosamente sobre los oscuros tejados.

Una y cuarenta y cinco. Octubre. Una noche cualquiera de octubre. Lluvioso como nunca. La tele ha dejado de emitir hace más de una hora. El silbato de un velador nocturno. Ese sonido viene del norte. Del este o del oeste.

Nunca se sabe. Sólo se escucha como un lamento que hace aullar los perros. Enloquecidos. Cada noche, como un rito en estas calles interminables, casi a oscuras a pesar del neón blanco que las baña. Allí dentro, en esas casas grises, en esas casas como muertas, se debe escuchar la respiración pausada de miles de seres tumbados en sus lechos. Tal vez, allí dentro, una adolescente de cabello rizado y piernas largas, luce inútilmente con su insomnio

de hace meses. *Come on baby, put your love in me*. La voz despiadada de Wendy se estremece en la cabeza de cinco muchachos, que no tienen prisa por llegar a casa.

Pielroja se deshace de la botella con un movimiento rápido. Fito logra atraparla unos centímetros antes de llegar al asfalto negro y brillante. Todos ríen. Pielroja saca un cigarro del bolsillo interior de su gabán y lo enciende sin detener sus pasos. Los demás lo miran irritados. Hace más de una hora, supuestamente, el último cigarro se había vuelto humo. Ni un reproche sale de sus bocas. Ninguno recuerda haberle hecho un reproche alguna vez. Un auto entra en la calle y avanza lentamente a sus espaldas. Silencio. Todos se apartan a lado y lado de la calle. Sin mirar atrás. Sin dejar de caminar. Un dejo de angustia en sus ojos chispeantes.

La gente habla cosas sobre estas calles. Cientos de historias. Chasquido de neumáticos en el pavimento mojado. Las manos dentro de los bolsillos de chaquetas y gabanes. Pielroja da una fumada a su cigarrillo. Cabelleras empapadas. Eucaliptos de treinta metros escurriendo agua. Noche de viernes. Viernes de octubre. Las luces del auto ahora más cerca. Y el auto empieza a rebasar lentamente a los muchachos que caminan a lado y lado de la calzada. Pisoteando algún jardín. Tratando de no hundir las botas en un arroyo. El auto se aleja. Una pareja se besa con pasión en el asiento trasero de un taxi negro, que abandona la calle y desaparece rumbo al norte.

Pielroja y sus amigos vuelven a caminar por la calzada. La lluvia ha dejado de caer, y los aullidos de los perros salen de más de una docena de terrazas y patios completamente oscuros. Aullidos que viajan en la noche y van más allá de este vecindario de calles empinadas.

El cigarro pasa de boca en boca, y la botella vuela una y otra vez por el aire helado de la noche.

Fito pateo una piedra del tamaño de una pelota de tenis. Sólo para probar sus botas. Fito siempre está haciendo ese tipo de cosas. Los demás ya lo saben y nunca le prestan atención. Fito tiene una colección de discos fenomenal. La mejor de los alrededores. Sólo ese tipo de cosas bastan para sobrevivir en estos barrios. Sólo por eso, las chicas se dejan llevar hasta el último rincón en la penumbra de un "sollis". Sonrisas y aroma de alcohol en la lengua.

Frank recibe la botella, la destapa y de un solo sorbo, bebe el último trago que había en ella. Un hilillo de vino tinto baja por sus mejillas y tiene que limpiarse con las mangas de su gabán. Frank es el más bajo. Sonríe como un tonto y se queda mirando fijamente la botella vacía. Alguien ha rasgado la etiqueta con las uñas. Frank se detiene en mitad de la calle, toma la botella por el cuello y la lanza con todas sus fuerzas de muchacho ebrio. El más bajo. Dos segundos después, un enorme ventanal explota detrás de una cerca de pinos enanos, recortados escrupulosamente por unas manos cuidadosas. Luces que se encienden en los pisos altos. Cristales destrozados sobre un sofá beige. Veloz carrera en busca del lugar más oscuro de la tierra. El silbato endemoniado del velador se acerca por algún lado de la noche.

Caminan con las piernas despedazadas, luego de atravesar las calles de tres barrios desolados. Corriendo sin parar. Respiran pesadamente, y Fito no deja de mirar atrás. Para estar seguros, dice.

Pielroja se ha separado del grupo. Camina por la calle. Sus

botas hacen agua dentro del arroyo. Aprieta con fuerza los dientes, y sus labios tiemblan como los de un hombre desquiciado. Trata de centrar su mente en una sola canción, en un solo recuerdo, en una imagen concreta. Dentro de los bolsillos del gabán negro, sus puños formidables se cierran con todo el poderío de su cuerpo concentrado en ellos. Aún no puede controlar sus labios. El último trago terminó justo en el estómago de Frank, pero ése no es el problema.

Los arroyos de varias calles desembocan en el enorme rectángulo de la terminal de buses. Toda esa agua sucia, toda esa arena, todas esas piedras que bajan con la lluvia, no alcanzan a salir por la alcantarilla. Un bus destartado está parqueado en un extremo del rectángulo, y un vigilante, que lleva una ruana desvencijada y una sucia gorra azul, duerme resguardado bajo un pequeño techo de cartón. La vaina de su machete es como una enorme lengua que ha disecado el viento. En la penumbra de un jardín casi abandonado, tres hombres sin rostro fuman excitados. Están apoyados en un muro blanco. Uno de ellos sostiene un pequeño radio, del que salen voces de una emisora mal sintonizada.

Al otro extremo del terminal, los cinco muchachos suben al sardinel para evitar el fango acumulado. Hacen equilibrio con las manos estiradas a los lados, hasta llegar a un pequeño espacio seco. Desde allí se escuchan las aguas que braman en el fondo de un abismo que separa dos ciudades. Una grande y otra más pequeña. Ciudades construidas en un valle de terror y ensueño. Sus luces se reflejan en el cielo, y no dejan ver las estrellas en las noches claras. Allí en lo alto, el viento helado azota despiadadamente la silueta de los cinco muchachos que miran a

lo lejos. Calladamente. Cabélleras inmóviles por el peso de la lluvia que les ha caído encima.

La ciudad siempre esconde algo a esta hora de la noche. La noche entera. Dos millones de hombres sumidos en un coma profundo. El tiempo como detenido, como atrapado en medio de la obscuridad.

Desde la autopista llega el rumor lejano de los autos. Como en oleadas traídas por el viento. Esa autopista debe estar allí abajo, en algún lugar, como una serpiente aplastada en el fondo de un valle desierto.

Frank sabe que algo anda mal. Tanto silencio no indica nada bueno. Dos horas allí arriba. Agazapados como pájaros. La misma imagen en los ojos. Todas esas luces y una franja horizontal de niebla que cruza sobre los barrios enclavados en la montaña. Barrios de los que nada saben. Sólo se ven a lo lejos. Apiñados. El viento que a veces ruge. Como de locos, piensa. Los ojos de Pielroja. Una señal extraña.

Unas horas antes, la música lo sacudía todo. Las paredes sin pintar de aquella casa melancólica. Sus ventanas. Mujeres que se deslizaban en la oscuridad. Aroma de cabellos agitados al ritmo de una guitarra azotada por unas manos poseídas. Licor barato. Rostros alucinados. Adolescentes fastidiados después de pasar toda una semana en el colegio. Cátedra Bolivariana hasta más no poder. La Chevy Van cargada de policías que merodeaba sin descanso. Se deslizaba con sigilo, aminoraba su marcha justo enfrente de la casa y luego desaparecía calle abajo. Nunca se detuvo. La imaginaban cruzar el puente a toda velocidad, mientras la música seguía sacudiéndolo todo.

Seis hombres más se han unido a los tipos que fuman en el jardín. Con la espalda pegada al muro blanco, parecen esperar la descarga letal de un pelotón de fusilamiento. Muchos en este barrio, quisieran formar parte de esa escuadra justiciera. El vigilante, aún dormido, se rasca la cabeza debajo de su mugrienta gorra.

Frank se levanta, estira las piernas y cubre sus orejas heladas con el cuello del gabán. Pielroja no lo pierde de vista. Sigue todos sus movimientos. Como un gato que mira a una mariposa azul, cuando revolotea sobre las copas de cristal tallado, en casa de la abuela. Los arroyos han perdido fuerza, pero todavía bajan por las calles. Una piedra, empujada por la bota derecha de Frank, cae por la barranca dando tumbos, hasta que se escucha el ruido que produce al aplastar un rastrojo. Un Renault-4 se detiene enfrente del jardín donde los nueve hombres fuman sin parar. Pielroja, sin levantarse de su sitio, mira atrás y llama la atención de sus amigos. Un hombre menudo y de contextura gruesa, baja del Renault. Está descalzo y viste un pijama de flores estampadas. Unas flores enormes. Una especie carnívora quizá. Tres personas más permanecen dentro del pequeño auto. El hombrecito de las flores se dirige directamente al jardín, pero no entra en él. Habla desde la cerca de alambre de púas, y sus manos se mueven como si describieran algo. Señala un poco más arriba de las rodillas, como si fuera a cortar sus piernas. Pielroja toma a Frank por las faldas del abrigo y de un tirón fuerte lo hace agazapar. Los hombres que fuman miran con extrañeza aquella figura que les habla del otro lado del jardín. Algunos mueven levemente la cabeza, negando algo. El hombrecito da media vuelta fastidiado y sube rápidamente a su Renault naranja. El ruido del motor se interna en lo profundo del vecindario y unos minutos



después no se escucha más. La mirada curiosa del hombre que sostiene el radio en el jardín, busca algo más allá de las luces del parqueadero casi vacío. Pielroja y Frank saltan de la obscuridad dándose puñetazos. Fito y los otros ríen a carcajadas. Golpes secos, golpes como piedras justo en la cara de Frank. El más bajo. De nuevo aquella lluvia delicada. Pielroja agarra a Frank por el cuello y los dos caen pesadamente. Frank trata desesperadamente de librarse, pero las manos poderosas de Pielroja le sumergen la cabeza en el agua pantanosa. El rostro de Fito se ensombrece y los demás dejan de reír. Los tres rodean a sus dos amigos, sus cuerpos están paralizados y no se atreven a hacer algo para detenerlos. Tanto ruido ha despertado al vigilante, que ve cómo la cabeza de Frank aparece y desaparece en el agua, al ritmo de la furia incontenible de Pielroja. Fito sale de su asombro y trata de separar aquellos dos cuerpos que se revuelcan como perros. Cada vez que Frank logra sacar su cabeza del agua, lanza un grito que muere en el instante. Los hombres del jardín ríen mientras fuman. Una niebla densa cubre totalmente las montañas del lado oriental de la ciudad. Pielroja escucha los gritos desesperados de sus amigos, el aullido de los perros, el rumor de los arroyos, y es como si esos sonidos viniesen de un mundo lejano y desconocido. Como si alguien quisiera despertarlo de un sueño que él mismo no quería soñar. Sus fuerzas se desvanecen poco a poco, y Fito logra liberar a Frank que tose ruidosamente. Pielroja se levanta con desgano. Su gabán negro escurre agua. Hace una cola a su melena y la sostiene con un pequeño resorte negro. Vamos a buscar unos cigarrillos, dice. La lluvia comienza a caer con toda su fuerza, sobre aquel rincón de la ciudad.

...de la noche, cuando el viento levanta el polvo y el ruido de los coches se mezcla con el de las voces. Camarón se ríe y nosotros lo rodeamos, a él y a su pequeña máquina, y escuchamos sus palabras atropelladas. Hay un movimiento inusual en las calles y la noche es cálida. Camarón suelta sus risotadas siempre inoportunas, y jamás logramos saber por qué ríe de esa manera. Las historias de Jota pueden ser una gran mentira, pero en eso no pensamos nunca. Todo puede sucederle a alguien en una motocicleta como ésta. En estas calles. Jota se calla al escuchar el estruendo de un grupo de motociclistas que suben a todo dar por la avenida. Enciende el motor de una sola patada y acelera detrás de ellos. Se despide, pero con tanto ruido no podemos escucharlo. Entonces nos sentamos bajo el árbol de mango que hay en nuestra esquina y nos quedamos muy callados. Es justo en este sardinel donde siempre nos sentamos a ver pasar las nenas y a veces les decimos cosas y ellas se ríen como enloquecidas o nos dicen maricones. No fuimos los primeros en llegar al parche. La música ya sonaba en esa radio-grabadora casi desarmada que trae el loco Ariel, y los muros de los jardines estaban atestados de rockeros taciturnos. Hablamos de cualquier cosa en esta esquina. El Santo Padre no tiene absolutamente nada a qué venir por estos lados del planeta. Las insoportables risotadas de Camarón. Todo ese humo que se levanta sobre nuestras

Jota sobre su "Yamaha Furia" de ochenta centímetros cúbicos. No parece gran cosa, pero es suficiente para tener a todas las nenas a tus pies. Nosotros lo rodeamos, a él y a su pequeña máquina, y escuchamos sus palabras atropelladas. Hay un movimiento inusual en las calles y la noche es cálida. Camarón suelta sus risotadas siempre inoportunas, y jamás logramos saber por qué ríe de esa manera. Las historias de Jota pueden ser una gran mentira, pero en eso no pensamos nunca. Todo puede sucederle a alguien en una motocicleta como ésta. En estas calles. Jota se calla al escuchar el estruendo de un grupo de motociclistas que suben a todo dar por la avenida. Enciende el motor de una sola patada y acelera detrás de ellos. Se despide, pero con tanto ruido no podemos escucharlo. Entonces nos sentamos bajo el árbol de mango que hay en nuestra esquina y nos quedamos muy callados. Es justo en este sardinel donde siempre nos sentamos a ver pasar las nenas y a veces les decimos cosas y ellas se ríen como enloquecidas o nos dicen maricones. No fuimos los primeros en llegar al parche. La música ya sonaba en esa radio-grabadora casi desarmada que trae el loco Ariel, y los muros de los jardines estaban atestados de rockeros taciturnos. Hablamos de cualquier cosa en esta esquina. El Santo Padre no tiene absolutamente nada a qué venir por estos lados del planeta. Las insoportables risotadas de Camarón. Todo ese humo que se levanta sobre nuestras

cabezas. Alguien ha ido más allá de su dosis de pastas esta noche. Todas las noches. Tal vez algún día no sea conveniente sentarse a charlar en esta calle. En ninguna otra calle de esta ciudad alucinada. En las calles de ciudad alguna. Aquí sentados mientras el mundo no detiene su marcha y unos cuantos hombres más van directo al fondo. Sin remedio. Abatidos por la furia propia de la época. Plenos ochenta y nosotros justo ahí. Camarón, tu risa estúpida puede desaparecer en cualquier instante. La noche aún es nuestra. Levantamos la mirada al escuchar de nuevo ese motor que brama como si fuese a reventar. Jota ríe agazapado y acelera su pequeña máquina amarilla. Una pañoleta roja cubre sus ojos. Él mismo ha hecho el nudo. Tomará la curva a toda velocidad y entonces sentiremos un vientecillo suave en el rostro cuando pase tan cerca de nuestras narices y reiremos como locos bajo el árbol de mango. Quizás eso ocurra esta noche.

## **DEBERIAS CUIDAR ESA BOCA TUYA, NENE**

Mario y Alex sentados bajo el chiminango. Ojos enrojecidos escudriñando el balcón de la casa a oscuras. La inamovible banca de cemento ya no está tan fría. Cero señales de vida, como si no hubiese nadie dentro. Sus miradas vuelven a ninguna parte. Justo donde estaban antes. Susurro de árboles como dormidos que se mecen con el viento suave que recorre la avenida. Las luces brillan demasiado esta noche, parece que fueran a reventar en este mismo instante.

La silueta de un hombre se acerca dando tumbos por la acera. Mario saca una cajetilla aplastada del bolsillo de su chaqueta y le ofrece un cigarro a Alex. La lengua, toda la boca seca como un terrón de arena. Mario no pierde de vista aquella figura que se mueve con gran dificultad. Casi arrastra una pierna. Como un vaquero herido en las películas. Mario rastrilla un fósforo en la banca, pero no logra encenderlo. Insiste hasta que la cabecita roja se pulveriza en el cemento. Alex hace una mueca silenciosa, sus labios aprietan el cigarro suavemente. La llama de otro fósforo se enciende entre las manos blancas y nerviosas de Mario, pero la apaga de inmediato al ver a su padre ebrio que sube por la acera.

Los dos se ocultan entre las sombras del primer jardín que encuentran a su paso. El hombre casi anciano camina con

la cabeza clavada y abraza una enorme botella de vino sin abrir. Aún lleva puestos los botines de la fábrica. Esa botella tiene buen aspecto.

Agazapados detrás de un laurel que apenas crece, los muchachos espían y tratan de ahogar sus carcajadas casi incontenibles. Desde allí pueden ver perfectamente al hombre que se aproxima con desgano. En cualquier momento podría desplomarse. Sería una pena que la botella estallara contra el piso. Además, tendrían que llevarlo a casa, y definitivamente eso no está incluido entre los planes de esta noche.

El hombre sigue de largo llevando todo el peso de su borrachera concentrado en la cabeza. No está tan mal para un tipo abatido después de toda una vida de trabajo en una enorme fábrica de mermeladas en conserva.

De nuevo bajo el chiminango, Alex fuma su cigarro. Debimos quitarle la botella al viejo. Humo en la garganta. Las ideas son pésimas cuando todo ha pasado. La losa fría bajo las nalgas. Mario aparta el mechón negro que cae sobre sus ojos. Una fumada interminable. Mañana el viejo no recordaría nada. No hables tan fuerte. Un enorme perro solitario recorre la avenida sin mucha prisa. Los pelos de su cola a medio centímetro del pavimento. Adentro, la casa parece más quieta aún. Deberíamos largarnos ya. La última fumada. El viejo no necesitaba todo ese vino, al menos por esta noche.

Isabel y Tania salen al balcón. Tania consigue cerrar la puerta de aluminio sin hacer un solo ruido. Alex arroja la colilla y la aplasta contra la tierra negra que rodea el chiminango, mientras su amigo ayuda a bajar a Tania que se descuelga

por el muro. Isabel no se atreve, los tres la animan desde abajo. Alex y Mario levantan los brazos y reciben aquel cuerpo esbelto y tembloroso. El cuerpo de una chica recién llegada al barrio. Sienten su calidez que se desprende como en diminutas olas suaves. Sonríe, y ellos no quisieran descargarla nunca.

El estrépito de la música. En la entrada del baile, un tipo totalmente ebrio y apenas mayor que ellos, recibe el dinero y los hace pasar con un gesto. La cabellera rubia y de enormes rizos le cae pesadamente sobre los hombros. Sus ojos casi ocultos bajo las pobladas cejas dan una mirada a la calle solitaria. Al cerrar, la puerta se arrastra contra la baldosa opaca y desgastada. No hay un solo mueble dentro. La única luz se cuelga débilmente desde fuera por una ventana empañada de sudor. El tipo desaparece tras una cortina que da al cuarto donde un muchachito alucinado pone discos. Nadie más puede entrar allí. El hombre no tiene empleo y tampoco muchas ganas de salir por ahí a buscar alguno. Es demasiado pronto en su vida, piensa. Dos bailes cada fin de semana dan para comer algo el resto de los días, y aún sobra para comprar mucho ron.

Adolescentes acurrucados en el piso. Alcohol antiséptico y Coca Cola circulando vertiginosamente por sus venas. No todo tiene que ser problemas en esta vida, en este tiempo. Algunos mueven la cabeza al ritmo de la música. Los más fuertes, sólo tres, todavía pueden sostenerse en pie y agitar sus cuerpos en medio de la sala. Guitarras invisibles. Tania, Mario y Alex se unen a la danza. Isabel camina casi a tientas. Una chica duerme sobre el poyo de la cocina. El enchapado es blanco y faltan muchas piezas. Su cabello cuelga y un collar de caracoles verdes reposa como una joya sobre sus senos. Isabel viene de otro lado

de la ciudad. Isabel es una niña espléndida que habita otro mundo. Sus ojos excitados recorren las figuras que se mueven en la obscuridad como el reflejo de hombres que ya no existen. Fascinación y algo de miedo oculto. El rock como una explosión interminable. La ciudad bajo la noche deja escapar sus sonidos de amor y muerte. El influjo de una fuerza extraña, como un conjuro que penetra la cabeza de los hombres. Tania y Alex sentados en un rincón. Ella siempre le está recordando que deben volver antes de las tres treinta. Su madre se levanta para ir al hospital a conectarse a una de esas máquinas de hemodiálisis. A esta hora, el muchachito que pone discos está un poco relajado y se deja venir con una buena tanda de canciones suaves. *Desire I feel for you... Every night and day.* Isabel y Mario bailan muy juntos, apenas sí se mueven de su sitio. *I got the feeling... That your love has turned away.* Tania no deja de pensar en el regreso. Volver a escalar el muro. Esperar a que el velador nocturno esté lo suficientemente lejos en su ronda. *I've been screaming for your love... Oh baby, don't you see...*

Eder se ha acercado varias veces tratando de ingresar al grupo, pero Tania y Alex se las han arreglado para dejarlo al margen. Los ha seguido desde la sala hasta la última habitación de esta casa que no parece resistir un solo de batería más.

El hombre es terco, y luego de unas cuantas idas y venidas, se sienta en frente de la chica, que no oculta para nada sus muecas de rechazo. Al fin y al cabo, no se notarán demasiado en la penumbra. Alex enciende un cigarrillo. Eder ha clavado los ojos en Isabel y Mario. ¿Quién es la polla nueva? Aroma de alcohol puro y tabaco detrás de sus palabras. Este es un fastidio de tipo. De lo más

reconocido en la zona. De verdad es inaguantable. Algo así como una sanguijuela incrustada en una axila. Tania le dirige una mirada chispeante. Deberías cuidar esa boca tuya, nene, dice. No me gusta para nada que estés hablando así de ella. El hombre sonrío, sus ojos se empequeñecen y su lengua trata de aliviar un poco los labios blancos y resecos.

Alex sabe qué quiere el tipo a esta hora de la noche. Eder no vacila en hacérselos saber. Quitémosle la nena. Bueno, la quiero para mí. Yo le entro de una, dice. Habla muy bajo, pero Tania y Alex lo escuchan perfectamente. La sanguijuela podría metérseles por una oreja. Alex lo toma del cabello y de un tirón le hace levantar la frente. Largáte, rata asquerosa, dice con una voz pausada y agresiva. Sus ojos están a punto de saltar. Nadie más que Tania presencia lo que sucede en aquel rincón. Nadie escucha nada. Casi todos duermen sentados y con el rostro clavado entre las rodillas. Era una idea nada más, dice. Alex no quiere soltarlo y le tira cada vez más fuerte. Hacia atrás, como si quisiera arrancar aquella cabeza de raíz. Tania le pide que lo deje y salgan de una vez por todas del lugar. No levantan las voces, hablan con energía, pero bajo. El terror invade todo su rostro de niña casi angelical.

*Love Hurt* suena con potencia y llena toda la casa. Se escucha el coro en mal inglés que sale de algunas gargantas irritadas. Aire caliente como impregnado al cuerpo. Una mujer busca la última gota de Alhelí que pueda haber en su botella. Esta noche todo fue demasiado rápido. Como todas las noches pasadas. Como las noches futuras.

Eder resopla con fuerza y la música ahoga ese ruido que le sale desde muy adentro. Una mirada de odio. Alex lo suelta y él se levanta con la dificultad propia de un adolescente



atiborrado de alcohol. ¡Me las pagás, marica de mierda...! ¡Me las pagás! Sale del cuarto arreglándose la melena. Tania y Alex se quedan como mudos. Inmóviles en el piso. Las manos cruzadas sobre las rodillas. Los ojos perdidos en la oscuridad. La música.

Caminan lentamente por la avenida. Cuatro sombras suaves se proyectan sobre el asfalto negro. Las callejuelas han quedado atrás. Cientos de casas. Cientos de ladrillos rojos apilados uno encima del otro. La vida misma refugiada allí dentro. Atrapada, quizás.

En la casa de las chicas se ven encendidas las luces del piso bajo. Los cuatro quedan paralizados muy cerca de un árbol. Tania muerde sus labios mientras se maldice a sí misma y a todo aquel que la rodee por el resto de su vida. La puerta se abre y sus padres aparecen en el umbral. El hombre sostiene una maleta en la mano izquierda. Lleva encima una chaqueta de cuero café. Puños roídos. Cuello levantado para cubrirse del aire frío. Tiene el cabello húmedo y muy bien peinado. La hinchazón de sus ojos le da un aspecto de tristeza a su rostro huraño. La madre se cubre con una especie de ruana colorida. Borlas que se bambolean alocadamente a la altura de su pecho. Un impulso extraño la hace mirar intempestivamente hacia la avenida. Más allá del chiminango, más allá de esos árboles que parecen abrazar con sus ramas bajas cuatro siluetas aterrorizadas. Cuatro figuras que ahora corren cuesta arriba. El hombre deja la maleta en el piso y va tras ellos. Por unos momentos se pierden de vista y llegan hasta la puerta de una casa. En el interior se escuchan voces y una canción de Rafael suena en el equipo. Una mujer rubia y muy joven abre la puerta. Ríe al verlos. Ojos ebrios. Entran sin que nadie se los pida. Atropelladamente. La rubia ríe más fuerte

aún. En un tris la ponen al tanto de la situación y ella cierra la puerta de un golpe. De inmediato les pide que se escondan. Un hombre de unos cuarenta años observa la escena sentado en el sofá. El brazo derecho descansa sobre el espaldar y en la otra mano tiene una copa de aguardiente completamente llena. Isabel y Tania van directo a la cocina iluminada. Mario y Alex entran al baño y tratan de no reír más. Están sobresaltados y sus ojos bailan de miedo puro. La rubia sentada en el sofá. Una sonrisa permanente en su boca enorme y dulce. Una sonrisa verdadera que se escapa plácidamente desde lo más profundo de su vida de mujer. Arriba, su pequeño hijo duerme. Golpes en la puerta. La rubia y su amigo se hacen los que yo no sé nada de nada de asuntos aquí. Los gritos del padre como un hombre loco en la madrugada. Un auto afuera, estacionado frente a lo que algún día fue un hermoso jardín, con rosas rojas y todo. La madre llega a la puerta. Sus pulmones no parecen responder muy bien esta noche-mañana. La joven rubia entreabre la persiana y les pregunta qué quieren. No sé de qué habla, señor. Alex y Mario a punto de reventar de la risa en el piso helado del baño. El padre y la madre afuera y la rubia quiere cerrar la persiana. Isabel y Tania salen de la cocina.

Otra de esas fiestas que resultaban de la nada. Cualquier día de la semana. Cualquier mes del año. Casi nunca había un motivo claro, pero siempre terminábamos allí. Mis amigos llegaban con algunos discos bajo el brazo cuando Silvia y yo estábamos tirados en el sofá. Al principio no nos gustaba mucho la compañía, pero después de unos vasos de vino y unas cuantas canciones con el volumen a todo dar, ya no nos importaba nada más en este mundo.

Por estos lados la gente no nos quiere casi nada.

A veces, cuando caminaba a casa de Silvia, podía escuchar la música una calle antes y ya sabía que íbamos a tener una de esas noches desquiciadas.

Hoy llegamos todos juntos, haciendo más ruido del que habíamos hecho en toda nuestra vida. Aroma a "vareta" en nuestros cuerpos y la garrafa de vino iba por la mitad al cruzar la puerta. Silvia sonrió con su sonrisa cómplice al ver mi cara enrojecida. Ese beso suyo acabó de enloquecer mi mente.

Pusimos discos y apagamos todas las luces. Sus padres estaban en casa, pero no opusieron suficiente resistencia. Andaban más incendiados que nosotros. Bebían algo de una botella verde. Nunca había visto una como ésta, ni

siquiera en los anaqueles de un mercado. El hombre había vuelto al barrio unas semanas antes, luego de una larga correría por las guyanas. Me gustaba cuando hablaba del reverendo Jones y toda esa gente que había mandado al diablo. Definitivamente, esa botella venía de un lugar inimaginable. Y también la risa de tu padre, Silvia.

Los niños aún no se iban a la cama. Corrían por ahí, indiferentes, entre nosotros y la música.

La madre de Silvia hablaba sin freno con una voz que por algún motivo me recordaba a un ganso blanco caminando por toda la casa una mañana como de hielo. Y cómo reía. Y cómo me llamaba la atención su cabello oxigenado. Brillaba cada vez que alguien encendía el bombillo de la sala. Fumaba y casi nunca la vi soltar el vaso. Ella sí sabía cómo burlarse de nosotros. Johny siempre estaba demasiado cerca.

Del otro lado de la calle, en la acera, cuatro hombres jugaban dominó y tomaban cerveza. Uno de ellos se había quitado la camisa y dejaba ver su torso regordete y pálido. Imaginaba el ruido de las fichas al chocar. Palabras secas que salían de sus bocas amargas.

El aire casi nos faltaba adentro. Abrimos la puerta y todo ese estruendo que salía de los parlantes se escapaba por allí. Luego parecía devolverse. El padre se veía devastado. Estaba arrellanado en su silla y tenía alguna dificultad para mantener la cabeza levantada. Tal vez venían a su mente recuerdos de otras noches en que el viento soplaba en alguna plantación lejana. Una hoguera para calentar los huesos. Mujeres dormidas en las cabañas de zinc que relucían con el resplandor del fuego.

Muchos hombres hablando en portugués y en otra lengua extraña que él mismo ya entendía. Y riendo y vaciando no se sabe cuántas de esas botellas verdes. El tiempo tenía otro significado en aquel lugar. A nadie le importaba.

Silvia y yo bailábamos mientras su madre se estremecía de la risa, al escuchar lo que Johnny le decía junto al oído. Nacho y Diana casi dormían abrazados en un mueble. La Tata, David, Paula y Jorge charlaban fuera de la casa, recostados en la verja de hierro que rodea el jardín. Cuando se acabó la canción, Silvia fue al lado de su padre y yo me senté en el piso a buscar entre el montón de discos algo más que poner. Decidí que ya era hora de escuchar algo suave y monté *Dazed and Confused*. Creo que apenas íbamos a la escuela cuando se grababan las canciones que escuchábamos.

La Tata entró y se arrojó sobre el sofá. Allí permaneció completamente inmóvil, con la cabeza metida entre las rodillas. Se me ocurrió que podría estar llorando, pero no me molesté en comprobar si era cierto.

El padre no soportó un minuto más. Yo estaba seguro de que era la música. Se despidió agitando la mano y Silvia lo ayudó a subir hasta el segundo piso. Trataba de decir algo y su enorme lengua no le respondía. La madre continuaba riendo al lado de Johnny. Él hablaba mientras hacía una cola de caballo a su melena. La mujer ni se enteró de que su marido ya iba a la cama. Silvia y su padre dieron un traspiés en lo alto de la escalera. Escuché una maldición del hombre y luego risas.

Los hermanitos de Silvia acomodaron sus diminutos cuerpos junto a La Tata, que aún permanecía en la misma posición.

La niña se durmió casi al instante. El niño miraba fijamente a su madre. Sus pequeños ojos abatidos se preguntaban algo.

Esa canción fue como un golpe justo en el centro del cerebro. Quizás estábamos demasiado borrachos para soportar las notas demenciales que Jimmy Page le arrancaba a su guitarra. Johny y la madre de Silvia eran los únicos que podían sostenerse en pie, aunque la gran señora de cabello oxigenado y grandes senos, podía besar el piso de un momento a otro. La mujer apoyaba la espalda contra la pared y trataba de acercar aún más a Johny, que de cuando en cuando, me miraba inquieto. El tocadiscos giraba, pero yo había bajado el volumen por completo. Sin dejar de reír, la madre tomó a Johny de una mano y juntos comenzaron a subir lentamente la escalera. Yo fumaba silencioso y Silvia dormía con la cabeza apoyada en mi pecho. Su pequeño hermano vio desaparecer a su madre y a mi amigo en el último peldaño. Luego, escuchamos sus risitas casi hasta el amanecer.

Llegas temprano en la mañana con todas esas historias sobre la mujer de tu Capitán, cuando te metías en su casa de militar y yo casi no puedo entender de qué hablas, pero imagino esa casa sombría de gran guerrero en misión la vida entera.

El aire es frío y veo salir el vapor de tu boca apresurada. Tus labios destrozados por el herpes. Siempre he creído que ésa es la cicatriz menos profunda que te ha dejado un año en el Servicio. Odiabas escuchar aquellas palabras. Odiabas el tono en que las digo. Desearías acuchillar mi garganta en ese mismo instante.

Tus horas transcurren sin mayores sobresaltos. Sólo un ligero ardor recorre tus venas cuando bajas del camión blindado empuñando un enorme changón, y caminas por la acera entre una multitud que se mueve como círculos de luz reflejados en un lago. El índice derecho demasiado inquieto, quizá. No es más. Volver al camión desde la puerta de un banco cualquiera y encerrarse allí dentro con unas cuantas tulas repletas de billetes.

No me debieron dejar salir nunca, dices con los ojos fijos en la densa niebla que cubre las montañas. Ya no sirvo para estar aquí afuera. Estas calles no son mías.

Ya se fueron aquellos días en que subíamos el volumen a

nivel máximo y los parlantes vomitaban *heavy metal* sobre nosotros. Tu madre caminaba desesperada por toda la casa y terminaba encerrándose en su cuarto con la cabeza hecha añicos. Era como si la música quisiera reventarlo todo. Los ventanales de la sala se estremecían, la vida parecía escapar de nuestros cuerpos a cada golpe de batería. Luego, el mundo cayó implacable sobre nuestra existencia... Ya habíamos perdido el juego.

La lluvia helada comienza a envolver este barrio gris. Nos sumergimos en su golpeteo contra el asfalto, contra los tejados y la hierba, en el sonido triste del urapán gigante que se agita y juega con el viento. Tres niños salen de su casa y saltan extasiados entre los arroyos. Abajo la ciudad desaparece. Los pájaros se han ido.

Te marchas al trabajo. A enfundarte en la casaca azul y recorrer la ciudad dentro de ese camión blindado de la Brinks. Quisiera ver las calles a través de aquellas ventanillas de una pulgada de espesor. Algo diferente podría aparecer ante mis ojos, nunca se sabe. Mientras tanto, seguiré aquí, en la para, buscando algo en qué enredar las horas. Tratando de encontrar un motivo verdadero. Tal vez el humo azulado de un cigarro me lo enseñe una noche de éstas.

Allí sentado recuerdo las palabras ininteligibles del médico brujo que visita mis sueños cada noche. El viejo lobo descarga dentro de mi oído una cantinela infinita, al tiempo que bebo a sorbos un viscoso brebaje de plantas milenarias. Un olor dulce se apodera de toda la habitación. El vértigo me derriba de inmediato. Mis ojos se entornan, y las imágenes pasan como arrastradas por el viento. Eres el último en subir al camión blindado una tarde oscura. La ciudad entera parece silenciosa. Las hojas de los árboles



caen una a una sobre la avenida, sobre los autos y sobre la cabeza de los hombres que deambulan por allí. Atónitos. Me pregunto cuál de ellos tiene algo que perder. También han caído hojas verdes sobre tu quepis y el de los demás guardianes de billetes que viajan a tu lado. Le das vuelta a la enorme escopeta y llevas el cañón directo a tu boca. Imagino que tus labios cubiertos por esa micosis no sienten el metal frío y rígido que aprietan con fuerza. El furgón rueda sin mucha prisa, mientras las hojas de los árboles se desprenden como gotas de agua y caen ante la mirada triste de los hombres.

Denis ya ha subido a la buseta. Como todas las tardes un poco antes de las seis. Pintarrajeada. Un hermoso pájaro de la selva que se sumerge en la ciudad a desafiar las noches. La penumbra del bar se te ha quedado en los ojos, Denis. El calor llega y se impregna a cada cosa visible, a cada cosa imaginable este día. A esa pasta azul que cubre tus párpados, a tus piernas y a todo tu largo cuerpo de niña-hembra. El fantasma de un amante transita vertiginosamente por tus sueños. Imagino tu lecho húmedo. Vacío. Habitado por pequeños dioses escapados de un suspiro. El sol se oculta y tu mirada sigue suspendida. A tu lado debe sentirse todo el fragor del mundo. Me contarías historias verdaderas de hombres que van y vienen entre el estrépito de una ciudad sitiada por su propia estupidez. No sabes nada acerca de Chernobyl, pero has visto agonizar la sonrisa de otra mujer una madrugada con aroma a tipos malasangre. Hablarías sin parar sentada en una acera mientras las pastillas contra el sueño se disuelven en tus venas. No eres propiamente una mujer hecha para el día. ¿Te reirías al sentir mi mano helada entre tus piernas? El dolor es algo que ya no recuerdas ni en las peores noches. Tanto odio tan cerca. ¿A dónde vas, Denis? La hora del letargo justo antes de que vengan las sombras. El ruido de ese viejo motor. Calles agitadas. La ciudad allí abajo espera con todos sus augurios ocultos. Te miro, Denis, y sonrías y veo tus ojos que miran como un ángel perdido.

Alejandra tiene su propia botella. La ha comprado con su dinero antes de caer la noche. El vino dulce enrojece aún más sus labios finos y delgados. Se desliza, se apretuja entre cuerpos sudorosos que danzan casi poseídos. Guitarras eléctricas. Cerebros atravesados por su sonido demencial. Alejandra lanza una leve exclamación cada vez que logra avanzar unos pasos. Es la sexta vez que llega hasta el cuarto de la música. La sexta vez que pide la misma canción. Bebe un buen trago mientras el *diskjockey* dirige a su rostro la luz amarillenta de una pequeña lámpara de mesa. Sería una noche perfecta si te largaras. Baja la botella y deja descansar su cuerpo en la pared de ladrillo rojo. Sus ojos tan pequeños. El *diskjockey* está sentado sobre una vetusta cama metálica, cubierta por una colcha colorida. Lana sintética que produce un calor insoportable. Al idiota, simplemente, no le entran ganas de poner a sonar la maldita canción. Alejandra bajo su pantalón de cuero negro. Ceñido como su propia piel. Piel blanca. Piel que suda. Piel para recorrer con la punta de la lengua. Podrías rodar por la escalera una noche. Sé que no te importaría demasiado. Quisiera verte desaparecer en medio de esa multitud que salta y se mueve desfogada mientras corea una canción de Joe Perry. Ve al último rincón. Estrega tu cuerpo a otro cuerpo.

Una efímera sonrisa de burla en la cara del idiota que pone los discos esta noche.

Alejandra se ha sentado en el piso y sostiene la botella entre sus muslos. Suavemente, sin apretarla demasiado. Voces y todo ese ruido de pies que chocan contra el piso, llegan a su cabeza como salidos de una caverna inmensa. La música misma parece que viniera desde otro lado del planeta.

Él, de verdad, cree conocer tu historia.

Bajan la escalera y salen de la casa. La música no deja de sonar allí arriba. Ella cae de bruces y el polvo se le pega un poco a la cara. Él la levanta de inmediato. En la callejuela no hay nadie más que ellos. El polvo se le ha pegado también a su camiseta y a su pantalón de cuero negro, en los muslos. Él la sostiene entre sus brazos, y tiene que hacer un gran esfuerzo para levantarla cada vez que resbala y cae de rodillas. Luego siente su aliento tibio en el cuello y todo su cuerpo sudoroso tan cerca.

Caminan sobre las piedras sueltas, sobre el barro seco y resquebrajado de la callejuela desierta. La música recorre el barrio arrastrada por el viento. Lejana. Alejandra balbucea. Miles de palabras incomprensibles se desprenden de su lengua casi entumecida. Palabras de odio, de amor quizá, que se desvanecen en la noche. La sonrisa idiota del *diskjockey*. Alejandra, no estás en este mundo.

Al caminar, sentía en el vientre la leve presión de la navaja automática que llevaba metida entre la pretina del ajustado *blue jean*. Me gustaba de verdad esa navaja. Era de mi padre, y por aquellos días solía sacarla del cajón donde él la mantenía bien guardada y me iba a la calle. Nunca alardeaba de llevarla encima, ni se la mostraba a nadie. Sólo me bastaba saber que la tenía bajo la camiseta y nada más. Mi madre me había visto alguna noche, mientras la guardaba de nuevo en el cajón. Nunca me habló de aquello, pero a veces, cuando quería ir a la calle con la navaja, me costaba un buen rato encontrarla entre las cosas de mi padre.

Fui el primero en llegar a la esquina aquella tarde. Había pasado casi todo el día en mi cuarto escuchando música, hablando por teléfono y durmiendo. Las vacaciones de mitad de año apenas comenzaban, y sólo esperaba a que cayera el sol para bañarme y salir a buscar a mis amigos. Mi madre y mi hermana veían la tele. Era nuevo ese televisor, lo había traído mi padre una semana antes, y la familia apenas se acostumbraba a ver esas imágenes a todo color. El teléfono sonó mientras yo dormía. Mi madre contestó y no entendí una sola de sus palabras. Luego llegó hasta mi cuarto y dijo que me esperaban para ir a reclamar unos discos o algo así. Me di vuelta en la cama y alcancé a verla un instante allí parada, sosteniendo la cortina roja que hacía

las veces de puerta. La soltó y se fue de nuevo a ver la tele. La cortina se movió unos minutos más, como empujada por el viento.

En menos de una hora iba a oscurecer, pero el sol reconfortaba los huesos después de pasar tanto tiempo tendido en una cama. Yo esperaba sentado sobre un enorme manjol de concreto que había a la entrada de la calle. Los demás no tardaron en salir de sus casas. Llegaron de uno en uno, y chocamos fuertemente las manos en posición de pulsador. Camilo subió al manjol de un salto y se quedó parado justo detrás de mí. Los motores de un jet que acababa de entrar a la ciudad desde el norte, bramaron sin consideración sobre nuestras cabezas. Volvimos la mirada al cielo, aunque todos los días de nuestra vida en aquel barrio, el espectáculo se repetía varias veces. Los aviones llegaban de lugares que no conocíamos, los veíamos bajar velozmente, y luego desaparecían al otro lado de la ciudad.

Vampiro, Camilo y yo aún teníamos el cabello húmedo, y de vez en cuando meneábamos fuertemente la cabeza o nos sacudíamos la melena con las manos para que se secase con el aire. Los ojos de Vampiro se veían más hinchados que todos los días y estaba completamente aletargado. Víctor le decía que despertara de una buena vez y trataba de agarrarle un mechón de pelo. Vampiro se defendía hábilmente agachando la cabeza, y por nada del mundo sacaba las manos de los bolsillos de su *blue jean*. Policías de a pie y montados en patrullas, entraban y salían del cuartel que había en frente de nosotros. El centinela apostado en el puesto de guardia, dejaba caer una y otra vez la pesada cadena de hierro que impedía el paso de los autos. La cadena chocaba contra el pavimento, y ese ruido

parecía marcar el ritmo de la tarde y del universo entero.

Comenzaba a oscurecer y las lámparas ya bañaban la ciudad con sus luces de neón. Ninguno se había atrevido a mostrar el arma que escondía. Víctor quiso ver con qué contábamos. Las manos se movieron rápido bajo las ropas y al instante aparecieron, amenazantes, tres enormes cuchillos para cortar carne y la navaja de mi padre. La hoja saltó impulsada por el resorte. Su elegancia contrastaba con el grotesco espectáculo que ofrecían los cuchillos empuñados por mis tres amigos. La figura del centinela se veía inmóvil dentro de la garita, y la cadena colgaba a todo lo ancho de la portería del cuartel.

No éramos de esos tipos que saben exactamente qué hacer con un puñal o algo parecido, pero habíamos acordado ir "maniados" aquella noche. Volvimos a guardar las armas. Una expresión de pánico pasó por nuestros rostros como la sombra de un ave gigantesca. Un cigarro nos caería bien, pensaba.

No teníamos mucha prisa, pero debíamos desaparecer de allí antes de que llegaran las mujeres. Si alguna se presentaba, no podríamos ir por El Negro esa noche. Siempre querían ir con nosotros a todos lados y nos apabullarían a preguntas si llegasen a ver uno de esos cuchillos. Salimos a dar una vuelta por el barrio. Caminamos por esas calles de todos nuestros días. Era viernes y había mucha gente por ahí. Hombres y mujeres que bajaban agotados de un autobús. Señoras que jugaban parques sentadas en el umbral de una casa blanca. El vapor que se levantaba de un puesto de perros calientes. El puesto tenía una carpa de colores y un bombillo iluminaba al hombre joven que echaba salchichas a la olla. Un grupo de hombres

ebrios que obstaculizaban la entrada a una tienda. Muchachas que pasaban enfundadas en sus Rodeo Drive *Jeans* fucsia, en sus *jeans* azul rey, en sus *jeans* rojos, verdes. Pintarrajeadas y soñando con ir de parrilleras en una enorme motocicleta, abrazar al tipo que casi siempre lleva una gorra marinera y unas botas de alpinista. Vampiro que se les acercaba un poco mientras se lamía los labios con su enorme lengua rosa, y luego nuestras risas y una que otra palabrota de una morena altísima. Queríamos fumar, pero no teníamos una sola moneda en los bolsillos.

No hablamos mucho, sólo caminamos como unos niños sonámbulos por una inmensa casa oscura que conocían palmo a palmo. Recorriamos una calle, y luego nos internábamos en otra sin discutir el rumbo que debíamos tomar. Llegamos a la cancha de fútbol y nos recostamos en la malla metálica que la rodeaba por completo. Todo era más silencioso allí. Las lámparas habían sido apedreadas alguna madrugada y la penumbra nos hacía sentir muy bien. La arenilla blanca parecía conservar el fulgor que le daba el sol durante el día. Las mujeres ya debían estar sentadas sobre el manjol, hablando mucho y fumando los cigarrillos que alguna de ellas le había robado a su madre.

Según los cálculos de Víctor, El Negro debía llegar a su casa un poco antes de las ocho, aunque a mí repentinamente se me había metido en la cabeza la idea de que su madre lo negaba por teléfono y que debíamos ir a buscarlo de inmediato. Quedé paralizado al escuchar aquella sugerencia de mis propios labios. Casi sin darme cuenta, reacomodé la navaja que me apretaba el vientre. Vampiro y Camilo se agazaparon con la espalda siempre pegada a la malla, que parecía ceder ante su peso. Podría pensarse que estaban abatidos. Yo intentaba traer a mi



mente una sola canción, pero todas las guitarras eléctricas imaginables descargaban su furia dentro de mi cabeza.

Nos habíamos alejado bastante del barrio donde vivía El Negro, pero aún teníamos el tiempo suficiente para encontrarlo solo. Así, las cosas serían menos complicadas, y Víctor podría recuperar su colección casi completa de Led Zepellin y ese raro ejemplar de los Sex Pistols. Sólo eso teníamos en mente.

Caminamos muy cerca de la malla hasta el extremo de la cancha, atravesamos un matorral y bajamos a la calle iluminada. Muchachos agazapados sobre sus pequeñas Yamahas habían comenzado la primera carrera de la noche. Cruzaban justo en frente de nosotros, y podíamos ver sus dientes apretados y la expresión de su cara cuando cambiaban de velocidad. Luego, nos internamos de nuevo en esas callejuelas empinadas.

Teníamos rumbo fijo ahora. Adolescentes furiosos en busca de honor. Armas ocultas. Rostros asesinos acariciados por el aire casi quieto. La mirada inquisidora de los dos carabineros que encontramos al doblar una esquina. El tintineo de sus espuelas como una señal de mal augurio en el fragor de la calle. Nos alejamos rápido y sin mirar atrás.

Las mujeres ya se habrían marchado de la esquina. Quizás estaban en medio de la música, el humo y las risotadas de más de treinta rockeros congregados en el parque, que se extendía en frente de la iglesia. Podía escuchar sus voces maldiciendo nuestros nombres al no encontrarnos por ahí sentados bajo un eucalipto. Las imaginaba felices levantando al cielo una botella de licor barato. Sus ojos

fulgurantes en la penumbra. Sus rizos. Los delicados senos bajo el chaleco de Julieta.

Mis pies ardían como brasas dentro de los botines. Cada paso nos acercaba a la casa donde El Negro tal vez devoraba la comida que le había preparado su madre. Víctor caminaba más rápido que todos. Parecía querer adelantarse al tiempo. Ver antes que nadie lo que sucedería cuando estuviéramos cara a cara con un maldito negro que medía unos cuantos centímetros más que cada uno de nosotros. Estábamos en otro territorio. Era un barrio mucho más antiguo que aquel de donde veníamos, pero la mayoría de las casas parecían todavía en construcción. Fachadas de ladrillo que no habían recibido su acabado final. Muros levantados sobre terrazas solitarias. Escaleras de concreto como suspendidas en el aire. El espacio justo para colocar un enorme ventanal. Algunas lámparas del alumbrado público estaban inservibles, y a veces atravesábamos largos manchones oscuros que nos hacían recordar que aún llevábamos todo el miedo adentro.

Mientras caminaba al lado de mis amigos, llegaban a mi mente recuerdos de puños estrellándose en mi cara sudorosa. Golpes certeros asestados por un chico jadeante. Luces poderosas que cegaban mis ojos. El vocerío de mis amigos y de sus amigos cuando rodábamos entrelazados por el asfalto negro. El último esfuerzo para levantarnos. El sonido seco de mi cabeza golpeando con furia su nariz, como lo hacen los hombres rudos de las películas. Llanto desesperado. A veces las cosas terminaban bien para mí, pero en ocasiones sentía en la boca el sabor dulce de mi propia sangre. Había peleado y visto pelear a mis amigos con muchachos de otros barrios, y podía recordar claramente los detalles de cada pelea que hubiese

presenciado o aun protagonizado. Sin embargo, no recordaba haber visto un arma en ninguno de esos encuentros feroces con nuestros inseparables enemigos. Eran otros tiempos. Otras noches. Ahora nos deslizábamos armados por las mismas calles donde habíamos dado y recibido puñetazos, donde jugábamos fútbol hasta que las piernas no daban más. Siempre había llevado la navaja de mi padre sin objetivo alguno, aunque la verdad era que esa noche tampoco tenía en mi mente una idea clara de lo que íbamos a hacer.

El rugido de las motocicletas se escuchaba muy cerca, pero no veíamos el grupo que serpenteaba velozmente por las calles principales. El calor había bajado un poco; sin embargo, sentía la camiseta pegada a mi espalda y veía las diminutas gotas de sudor en la frente de Vampiro. Caminábamos a paso moderado. Victor seguía delante de nosotros, y su mirada se movía de un lado a otro escudriñando toda la calle. No era para menos, teniendo en cuenta que por primera vez en su vida, recorría estas calles con un cuchillo oculto entre sus pantalones. Yo trataba de encontrar en mis recuerdos el momento exacto en que alguien había sugerido lo de las armas, trataba de recordar la expresión sombría de nuestros rostros al principio, y la emoción que luego invadió nuestras almas por completo. Lo habíamos planeado todo desde la noche anterior, aunque en realidad no teníamos un verdadero plan. Ibamos en búsqueda de un tipo que casi no conocíamos. Él ya debería estar en su casa, después de pasar el día entero desafiando el tráfico del centro, montado sobre una enorme bicicleta cargada con repuestos para auto.

Las mujeres la debían estar pasando como princesas en el parque. Los cigarrillos no les faltarían, y por lo menos una de

ellas ya se habría marchado a un rincón más oscuro con un muchachito casi ebrio. Sabbath bloody Sabbath saliendo desde una radio-grabadora.

Entramos a una calle ancha y pendiente como una colina. El aire parecía circular mejor allí que en el resto de la barriada. Comenzamos a subir la cuesta por el centro de la vía. Nuestros pasos eran lentos y podía escuchar la respiración pausada de Camilo y Vampiro que caminaban a mi lado. Un pequeño arroyo de agua jabonosa bajaba por uno de los caños y caía silencioso a una alcantarilla que había al final de la calle. La gente nos miraba impasible desde las ventanas. Las hojas de los árboles no se movían, y en una de esas casas como abandonadas, alguien coreaba una canción de salsa que sonaba a todo dar. Nos detuvimos frente a una reja de hierro que protegía un rosal aún sin florecer. Nuevos chicos rudos sin mostrar compasión. Víctor empujó suavemente la reja con la punta de su zapato, y escuchamos ese sonido áspero que produce una bisagra carcomida por el óxido. Sin mucha prisa, subió los escalones hasta la puerta y golpeó como si fuese un vendedor. Yo lo seguí y me pare junto a él. La casa estaba en silencio. Repentinamente, la luz de una bombilla se encendió encima de nuestras cabezas, y pude ver cómo brillaba la fina capa de grasa que cubría la cara casi redonda de Víctor. Una mujer negra apareció en el umbral. Tenía el cabello recogido y sus labios apretaban un pielroja humeante y mojado. Tomó lo que quedaba del cigarro entre sus dedos, sonrió, levantó la mirada, y vi mil angustias ocultas tras las pequeñas nubecitas que cubrían sus ojos ancianos.

Otro de esos insultos de tu madre nos llega a través del aire casi detenido. Nunca logramos entender perfectamente lo que dice, sólo mueve su pesada lengua, y de su boca brotan algunas palabras cargadas de un odio fingido hasta el extremo. Tras la montaña, los últimos rayos de sol se reflejan en un cielo limpio, y le dan un fuerte toque naranja a los primeros instantes de la noche. Unos niños juegan en la calle estrecha. Han estado allí la tarde entera. Bajo el sol. Gritando sin piedad. Todo esto podría volvernos completamente locos.

Bebemos el whisky que le robas a tu madre de una enorme botella verde empotrada en un soporte de madera. De cuando en cuando entras a su cuarto, casi sin hacer ruido, y sirves dos buenos tragos en unos pocillos de plástico muy delgado. A veces despierta cuando estás a punto de salir con los pocillos llenos, entonces comienza a gritar y trata de levantarse, pero todo su esfuerzo es inútil. Le dices que se calle de una vez. Sólo eso y nada más. Lo ideal es evitar que te vea. Sus gritos son insoportables, y la situación resulta verdaderamente incómoda. Jamás la he visto. La imagino tumbada en su cama, boca abajo y con el cabello revuelto. No logro imaginar su cara ni el color de sus ropas. Quizá esté completamente desnuda.

Ninguno de los dos se ha tomado el trabajo de encender

las luces. Afuera, el neón cae sobre los niños que corren como ardillas por las escalinatas de concreto. Es la primera vez que tomo un whisky, y no me parece nada mal. Sin embargo, pienso que se debe ir bien despacio con esto. Whisky ya es una palabra mayor. Me pregunto de dónde habrá sacado tu madre tal cantidad. Billetes sobre todo.

-Uno nunca sabe si está demasiado joven, o qué.

El sofá en que estamos sentados ha acumulado polvo por varios meses. Es el único mueble que hay en esta sala. No logramos olvidar que tu madre está en la habitación de al lado, resumiendo alcohol. Tus dos manos se aferran al pocillo, y tu mirada no se aparta de la ventana que deja entrar un poco de luz blanca. Has dormido menos de cuatro horas las últimas diecisiete noches, y estas calles ya no significan nada para ti. Al resto de la humanidad le tiene sin cuidado que tus ojos pierdan un poco de su brillo. O que a los trece hayas fumado tu primer cigarro, o que tu padre se haya largado porque no aguantaba la situación, y tú sin saber de qué situación hablaba el tipo. ¿A quién le importa, por ejemplo, que las paredes de la casa en que vives estén completamente desnudas? Los periódicos pronostican que pronto comenzarán los combates cuerpo a cuerpo, y dicen que allí los argentinos serán mucho más feroces que los súbditos ingleses.

-Hemos llegado bastante lejos por estos días.

-Nunca es suficientemente lejos.

-Nunca es una de tus palabras preferidas.

Sólo eres una adolescente más. Los muchachos siempre quieren arrancarte la blusa de buenas a primeras. Por eso

quieres patearlos a todos. En la cara, si es posible, y sin compasión alguna. Tu madre vuelve a arremeter contra ti. Cuando se calla, escuchamos el leve crujido que produce el calor acumulado en las tejas de eternit. Sólo eres una adolescente más en este tiempo, y no sabes si vas a salir viva o totalmente destrozada por el tedio.

Hace falta un poco de música, pero una sola canción le acabaría de reventar la cabeza a tu madre.

Te levantas y caminas hasta la ventana. Los niños siguen allí afuera. Hay bastantes niños por estos lados, y parece que todos estuvieran en el mismo lugar en este preciso instante. Vuelves, te dejas caer pesadamente en el sofá, y clavas los ojos en el interior del pocillo verde. El whisky se derrama y forma sobre tu ajustado jean una mancha que parece un mapa de Australia. Un mapa de alcohol setenta grados de volumen que se expande rápidamente por tu muslo izquierdo.

A los dieciséis es imposible llevar tu vida por un camino transitable como todas las vidas de las demás muchachitas que caminan por las calles de estos barrios chupando un helado de maní un sábado en la noche pero no tan tarde y el novio al lado todo querido sin saber qué hacer ni qué decir para chuparle las tetas y ella no se entera de qué está hablando el hombrecito que estudia en La Salle y es de una familia bien de por aquí y si no miren la chaqueta que lleva puesta y los zapatos y el corte de cabello que costó no se sabe cuántos pesos en una peluquería famosa de las del centro y llegan a la casa y chao y un buen beso mientras su papá se desconcentra de la tele y mañana que es domingo vamos para piscina y todo eso y entonces el novio de la muchachita llega donde sus amigos a tomar cerveza

o a dar un vuelcón por ahí y dice que no que tampoco se pudo esta noche antes de que algún bocón le pregunte.

Tu madre se revuelve violentamente sobre las sábanas. Quizá desee un trago, pero es incapaz de ponerse en pie por sus propios medios. Gime sin descanso por unos minutos, y después no escuchamos nada más.

Esta noche no parece tan larga y creo que tu madre se ha olvidado de ti. Las voces y chillidos de los niños se desvanecen lentamente, ahora se escuchan lejanos y opacos, como en uno de esos sueños de nunca acabar. Las calles ya deben estar plagadas de rockeros que vienen y van. Muchachitos como tú y yo, ebrios como tú y yo, que caminan con todo el fastidio de estos tiempos impregnado en el rostro. Siempre irán unas calles más allá. Sólo para ver qué hay, para buscar algo más de la noche.

Mientras bebes, me pregunto si tu encierro será para siempre. Entonces veo imágenes de una mujer inmóvil y completamente pálida, que sostiene un pocillo verde entre sus manos, sentada en este sofá polvoriento sin poder escuchar una canción, y que sólo abrirá su puerta a quien traiga una botella, mientras afuera en el mundo, los hombres alimentan sus mil y una guerras.

Estiro mi mano y te pido que por favor otro trago y tú vas con desgano hasta la botella y sirves con mucha dificultad. Allí de rodillas bebes lo poco que queda en tu pocillo, y vuelves a llenarlo hasta el borde. Casi no puedes pararte y creo que estás haciendo demasiado ruido. A estas alturas no soportaríamos un insulto más de tu madre. Antes de regresar, te detienes ante su cama y te quedas mirando



como si nunca antes la hubieras visto en aquella habitación, como si no la hubieras visto en esta casa que es su propia casa. Encoges los hombros y vuelves a sentarte a mi lado.

Todos te andan buscando en las calles. Ellos no saben que el terror de los nuevos días se ha apoderado de ti. No saben que ahora has mandado todo al infierno. A tu propio infierno.

Desde afuera sólo llega el chirriar lejano de los grillos. Estamos completamente aletargados y sin muchas ganas de levantarnos del sofá. Nos olvidamos uno del otro por bastante tiempo. Volteas la mirada y te encuentras con que estoy a tu lado, casi sin respirar, sin hacer el menor ruido. Creo que te cuesta un poco recordar que hemos estado allí desde temprano.

Tu madre no se ha hecho sentir durante horas. Por fin cayó apabullada por el whisky. Probablemente dormirá hasta el lunes y luego irá un poco mareada a su trabajo, con la cara hinchada bajo el maquillaje y un mal sabor en la boca. Creo que tendrá que tomar unas cuantas pastas antes de las doce y unas más si llega a recibir una llamada de tu padre. Es bueno eso que haya dejado de gritar. Aunque no andamos en nada interesante esta noche.

No podríamos beber una gota más. Me levanto sólo para comprobar que todavía puedo hacerlo. Dejo el pocillo vacío sobre el brazo del sofá y camino lentamente por la sala. Voy y vengo, como si estuviera preso, pero no me acerco a la ventana. Por momentos siento como si fuera a perder el equilibrio; sin embargo, mis piernas recobran sus fuerzas poco a poco. Te ríes de mí mientras camino y tu risa llena toda la penumbra de esta casa. No te presto la más mínima

atención, hago una mueca y sigo caminando de un lado a otro de la sala, que de todas maneras no es muy grande. Dejas de reír y te llevas el pocillo a la boca pero no bebes, sólo acaricias tus labios con el borde y mojas un poco tu lengua en el licor. Veo cómo el cabello cubre tu rostro. A veces pienso que algo anda mal, y esta noche no se queda atrás.

-Deberíamos salir de esta casa ahora mismo.

Te levantas y vuelves a caer inmediatamente en el sofá. Una risita burlona sale de tus labios. En ese momento te imagino envuelta en una suave polvareda que no puede verse en la penumbra. Me acerco y te doy una mano. Parada frente a mí, me entregas el pocillo y yo no sé qué hacer con él. Te llevas las manos a la cara y te frotas fuertemente, como si quisieras deshacerte de algo. Luego caminas directo a la puerta, la abres de un tirón y te paras en lo alto de las escalinatas que atraviesan el jardín desaliñado de tu madre. Voy a tu lado. Aún sostengo el pocillo que me diste. El aire nos marea un poco más, pero creo que no va a hacernos mucho daño. El neón le da un aspecto lúgubre a todas esas casas apiladas en frente de nosotros.

Tambaleas y tienes que abrir las piernas para sostenerte mejor. Respiras ruidosamente mientras echas atrás el cabello que cubre tu cara que es la cara de una niña muy bella y me miras con tus ojos que brillan con un brillo de otro mundo a pesar del insomnio que ataca todas tus noches. El mapa de Australia ya no está dibujado en tu muslo izquierdo.

-Creo que ya nada puede salvarnos.

-No está tan mal para unos chiquillos metidos hasta el cuello en una época en que todo el mundo quiere molerte los huesos.

-Alguien ha comenzado por mi cabeza.

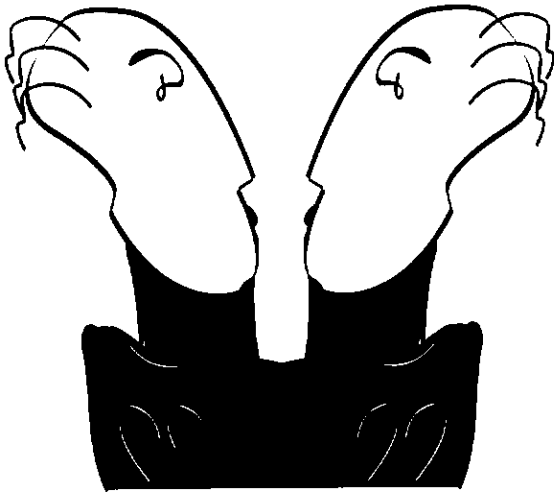
-No tienes remedio.

-No me gusta esa risa tuya.

El aire de la noche se enfría poco a poco, y todas las calles del barrio están solitarias, silenciosas. Están como muertas.

# El Viaje

Cuento • Homenaje al autor



Rodrigo Tamayo

## **Rodrigo Tamayo Herrera**

Bello. (1954 - 1994)

Comunicador Social - Universidad de Antioquia.

Realizador de cine y televisión.

Correalizador del documental *Hulleras*.

Camarógrafo de los largometrajes de Focine:  
*San Antonio*

*El día de las Mercedes*

*Mariposas s.a.a*

*El Tren de los Pioneros*

Director de fotografía del argumental  
*Canturrón*

Docente de la Universidad Pontificia Bolivariana y de la Universidad de Antioquia.

Ricardo se fue del barrio un domingo por la tarde. Lo acompañaban una pequeña maleta con ropa y un enorme cúmulo de aspiraciones. No tuvo más que hacer sino dejar atrás una ciudad que le negó muchas cosas y oportunidades. Al pasar por ciertas calles le volvieron las imágenes de una infancia y una juventud repletas de precariedades. Recordó cuando llegaron a Medellín a un barrio que construía con la obligatoria ayuda de los futuros moradores, el Instituto encargado de la Vivienda Popular. Estaba ubicado al lado de las llamadas zonas piratas, unos años atrás grandes potreros vendidos por falsos propietarios que lo entregaban con escrituras legales, terrenos que también otros inmigrantes ocupaban de noche y al amanecer ya tenían armado un rancho de madera y lata. Eran tan temidos invasores que se posesionaban haciéndose los pendejos y que poco a poco arreglaron sus lotes con huertas y chiqueros. Los que pudieron montaron tiendas idénticas a las de sus pueblos de origen.

El barrio comenzó a tener una identidad verdaderamente deprimente. Ricardo observaba su lento cambio de aspecto y la manera comunitaria como sus habitantes desafiaron y superaron los designios de la negligencia oficial que los relegó al olvido con calles sin pavimentar, escaso servicio de agua, falta de luz eléctrica y deficiente transporte de buses.

Con el tiempo las casas progresaban al ladrillo, en obra negra, piso de cemento rústico, ventanas sin vidrio, todas con insípidas fachadas que caracterizaban a la zona con una arquitectura sin poder definir y que posteriormente sus mismos pobladores se encargarían de embolatar más con las reformas sin sentido de planeación que cada quien diseñó a su antojo, guiados por los instintos estilísticos más estrafalarios y simpáticos que pudieran encontrarse en lugar alguno.

En última instancia el sector se conformó por la tenacidad de sus habitantes apegados a un amor sin límites por un pedazo de tierra, orquestando dedicadas campañas cívicas, ahorrando dinero no se sabe de dónde, haciendo rifas clandestinas, vendiendo empanadas, programando bailes públicos y enfrentando la desidia de los funcionarios encargados de autorizar la construcción de una escuela, o un centro de salud, que era lo único que pedían, y en respuesta las autoridades les contestaron con un moderno y bien dotado puesto de policía que garantizará la seguridad de la gente.

Ricardo, entonces, partió del barrio en busca de un futuro más cierto. Algo que lo tranquilizaba era saber que su primo Aníbal lo esperaba en Cúcuta, por lo que durante el largo viaje pasaron por su mente las más exitosas películas que contaban el retorno feliz al lado de sus familiares, donde no iría a faltar nada. Los cuentos traídos por colombianos resignados al destierro, daban para imaginar a Venezuela como el país de las maravillas, repleto de fuentes de trabajo y buenos pagos. La mejor muestra de sus altaneras narraciones estaba en los abundantes y aparatosos regalos, los muchos bolívares y los lujosos autos en que venían.

Cambió de bus en Bogotá. A Ricardo lo conmovió la numerosa cantidad de compatriotas que viajaban dispuestos a cruzar ríos y llanuras, expuestos a la intransigencia y despotismo de los guardias. Aterrado, conoció personas de distintas regiones del país que huían con necesidades por resolver, sin alegrías y llenos de esperanzas perdidas. Costeños, vallunos, llaneros, hasta indígenas ocupaban el bus con recelo.

En Cúcuta lo inquietó la forma de vida de la ciudad. El primo Aníbal lo llevó a pasear y alcanzó a observar el comercio barato y desordenado; el ejército de personas que se movían entre la frontera de los dos países cargando cajas y objetos de la más diversa especie; y también las mujeres que se ofrecían para entrar a las residencias del amor que había que pagar primero y disfrutar después.

Durmieron en una residencia de mala muerte con olor a berrinche. Pidieron que los despertaran a las tres de la mañana, y a esa hora encontraron una inmensa fila de gente frente al consulado venezolano para sacar la visa y poder trabajar en lo que fuera. Resistieron un día entero de pie, rodeados de una penosa incertidumbre y sin atención alguna. A las cinco de la tarde la cola poco había avanzado. Por la puerta de la oficina de documentación salió una odiosa mujer que los miró con indiferencia y desprecio para anunciarles que no se despachaban más visas hasta dentro de ocho días porque se acabó la papelería y no nos han vuelto a mandar nada de Caracas, ni siquiera nuestros propios sueldos, o sea que por favor retírense rápido y de buenas maneras para no tener que acudir a la policía, que ya ustedes saben ellos cómo sí lo hacen, buenas tardes.

De inmediato comenzó una tormenta de silbidos y reclamos



que reflejaban el estado emocional histórico de cientos de colombianos venidos a una situación desesperante, sin un peso para pagar una comida o dormir y sin ganas de devolverse. Ricardo sintió una inconsolable desesperanza y no tuvo energías sino para sentarse en la acera y soltar un leve llanto que por varios minutos conmovió a Aníbal y a un alto costeño que sentado a su lado le dijo camine paisita, no llore que esto tiene solución, venga vamos donde un tipo que me recomendaron, él saca visas muy caras pero al menos no le tenemos que rogar a ningún marica. Aníbal también estuvo de acuerdo.

Fueron a uno de los barrios en las afueras de la ciudad, de atmósfera tenebrosa, en cada esquina con individuos que esperaban una víctima inocente para robarle la plata y los papeles. Un venezolano de aspecto fanfarrón los recibió y con ellos completaron el cupo de diez para que el tipo ése los pasara al otro lado por la trocha y les consiguiera la visa en el pueblo más cercano, pagando la mitad de la plata en ese momento y la otra parte cuando tuvieran la documentación en la mano.

Salieron al amanecer. Ricardo cayó en la cuenta de que la ruta era el temido camino verde, conocido por las innumerables y macabras historias de colombianos que nunca volvieron ni se supo de ellos nunca más.

Tranquilo, hermanito, que va es con nosotros, —le dijeron calmándolo Aníbal y el costeño. —La primera vez fue así, y fíjese que nada pasó. De aquí para allá hay que tirar es calma y verraquera.

Caminaban rápido, provistos de los más mínimos elementos para evitar peso. A las doce del día pararon a almorzar y

descansar. Estaban reseco y rechinados por el sol. Comieron en silencio, sólo el venezolano comentaba acerca del trabajo y las excelentes remuneraciones, para alegrarlos y hacerlos sentir confiados. De pronto apareció una cuadrilla de hombres cargados con cajas provenientes de Venezuela: —Ahí va la gran producción de la industria nuestra hacia el país de ustedes, para que tengan productos de primera calidad, —exclamó el chiflado ése haciendo alarde, además de la industria y el comercio como algo que deberían asimilar los colombianos para salir de pobres.

La veintena de hombres efectivamente eran los famosos maleteros que transportaban al hombro mercancía de contrabando para luego venderla en Cúcuta o Maicao.

Al paso de las horas la caminata era más penosa y rodeada de interrogantes, pues comenzaron a notar en el venezolano ciertas vacilaciones en torno a la consecución de los papeles.

Antes de caer el sol, hallaron una quebrada cristalina que aprovecharon para tomar agua y mojarse, respirar un poco y continuar no se sabía a qué lugar. A la media noche entraron a las desoladas calles de un pueblito donde el guía les dijo con júbilo y orgullo:

—Hermanos colombianos, estamos en la gran República de Venezuela, a Dios gracias, con vida y sin problemas!

El venezolano detuvo al grupo. —Okey señores... ya éstas no son horas de oficina. Conozco un lugar dónde pasar la noche a precio favorable. Pero antes pasemos por alguna tienda y compremos alimentos que yo creo que ustedes no son cuerpos gloriosos.

No encontraron sino gaseosas y una parva dura, la cual vieron a la manera de un exquisito manjar y comieron ansiosos. Durmieron en una pensión pestilente, en un salón con unas veinte camas destartaladas, pero eso era un hotel de cinco estrellas en esas condiciones.

A las cinco de la mañana los despierto porque hay que hacer temprano la cola en la oficina de documentación, descansen tranquilos, —fue la despedida paternal del venezolano que también lucía cansado.

Amanecieron molidos. Una paliza a garrote hubiera resultado ser un relajador masaje en comparación a los dolores que sentían. Las filas en la oficina eran largas. Ricardo no pudo estar parado. Comentó a sus compañeros:

—Que este tipo no nos vaya a hacer caminar más, muchachos. Me estoy muriendo.

Aníbal apaciguó los ánimos:

—Tranquilo mijo, seréense y verá. Aquí nos entregan los papeles y de inmediato salimos a tomar un bus para Caracas, esperemos con calma.

En esas apareció el venezolano, reunió su gente a las carreras, pidió la cédula, el pasaporte y la otra mitad del dinero porque ya lo iban a atender con preferencia. Cada uno entregó sus documentos. Él se retiró advirtiéndoles:

—Ustedes no tienen que hacer cola, si quieren me esperan al frente en esa cantina, me demoro un poco.

Confiados pasaron a tomar café con pan. Una lenta llovizna

les quitó las ganas de hablar. Con la mirada fija observaban caer el agua en la calle. Los de la fila, contra la pared, se cubrían con periódicos y bolsas de plástico. La lluvia creció con los minutos y aumentó el desespero. Luego se tornó en un constante aguacero que oscureció la mañana. Otros hombres se refugiaron en la cantina. Al lugar lo cubrió un raro murmullo, indignados comentarios en voz baja maldiciendo el clima, a los funcionarios lentos y a la suerte tan mojada que los recibió.

De un momento a otro el aroma de desasosiego reiterado por la tenaz lluvia, se convirtió en un confuso instante que cambió con implacable rigor la vida de Ricardo. Un enorme camión de policías uniformados rodeó la oficina de documentación y la cantina. Con una brusquedad que ya es natural, los guardias entraron, los hicieron parar contra la pared, los requisaron, no los dejaron mirar lo que hacían, vaciaron sus bolsos y maletas, no encontraron más que ropa vieja y utensilios de aseo personal. Les pidieron los papeles, no les admitieron las razones de que los tenía un venezolano allá en las oficinas, ¡cabrones que nos creen pendejos, no vienen aquí sino a robar y causar problemas, y para eso ni siquiera cargan documentos... a ver!, uno por uno se montan en el camión y el que intente fugarse que se atenga a las consecuencias de estas armas..., muévanse, carajo, que los vamos a devolver a esa porquería de tierra donde nacieron, que es el único sitio donde deben estar y no acá en medio de gente de bien!

Aprovechando el desorden, los gritos, los reclamos y los insultos, unos hombres quisieron huir. Sin pensarlo dispararon hacia ellos. Ricardo antes de subir vio caer a su primo y al costeño. Un guardia le preguntó usted qué mira, güevón, le dio con un arma en la cara, lo agarraron de pies

y manos y lo tiraron al camión, donde cayó en mala posición golpeándose de nuevo la cara. Adentro otro guardia le dio una patada en la espalda:

—Para el fondo, rapidito!

Ricardo se paró atolondrado y notó que le salía sangre por la nariz y que tenía una herida en la frente. Sentado en un rincón se limpiaba tratando de no lastimarse. El camión estaba repleto de colombianos indocumentados, los guardias pidieron silencio:

—... y al que proteste lo dejamos aquí, pero sosteniendo dos metros de tierra encima, entendido?

El camión, tenía la carrocería cubierta con una gruesa carpa que no corría, lo que hizo del recorrido un tenebroso viaje con destino a las tinieblas, un inesperado camino de regreso, ahora sin nada, sólo que con un poco más de odio. Pasaron muchas horas. El camión se detuvo, abrieron la puerta y supieron que era de noche. Un guardia propuso:

—Estamos prontos a la frontera. El que tenga mil bolívares puede volarse y caminar hasta San Antonio que está cerca. Mareado Ricardo buscó en sus bolsillos y no tenía dinero. Ninguno contestó a la sugerencia. En adelante el viaje fue un verdadero infierno. En la frontera los bajaron y les gritaron que se dispersaran. Era una hora lúgubre, casi al amanecer y caía de nuevo una pertinaz lluvia. Se movían torpemente, sus músculos estaban engarrotados, incapaces de responder a cualquier pedido de movimiento. Los ochenta o cien hombres devueltos se unieron en un bloque y tomados de las manos comenzaron a pasar la zona limítrofe.

Ricardo en medio de ese misterioso ritual nada alcanzaba a entender. Parecía la enclenque e impotente protección de los indocumentados, contra los posibles disparos de la guardia venezolana, un método muy utilizado para escarmentar a los testarudos colombianos para que no intentaran volver a entrar a ése, el buen vecino y fraternal país.

Ricardo se despertó a las dos de la tarde. Estaba solo bajo un sol ardiente. Durmió tirado en un parque. Palpó su rostro hinchado, adolorido, con sangre reseca, tenía la boca amarga y una sed delirante. Alcanzó a caminar unas cuadras. De pronto lo invadió un sentimiento de desamparo perpetuo. Se dio cuenta de que era un hombre que había perdido todas las ilusiones y que su porvenir era absolutamente incierto, que un inquebrantable orgullo le impedía volver a su barrio, pues era incapaz de darle la cara a sus familiares y amigos. Resolvió caminar sin rumbo fijo, cargando en su ánimo una desolación definitiva, ni más ni menos que un imparable deseo de no vivir más.

Nadie lo buscó; por lo tanto, no se volvió a saber de él. En la casa juran que volverá cuando traiga el mundo en sus manos. En la esquina del barrio los muchachos de la barra lo esperan para que cumpla con la promesa de que en las próximas vacaciones cerrarían la cuadra y celebrarían una fiesta de tres días sin dormir.